

CENIT

sociología
ciencia - literatura



Unas líneas de Felipe Alaiz.

William Rose : Una voz europea en América.

Federica Montseny : Las mujeres en la revolución española.

Florencia Ocaña : La psicología y la conducta humana.

Puyol : Luminosidad en la sombra.

John Davies : Henry Stephens Salt.

V. Muñoz : La vida y los libros.

Pedro Vallina : La copa de la vida.

Felipe Ximenez : El arte de la réplica.

J. Ruiz : Ideas sobre educación.

José Vega : Resurrección y doctorado de Charlot.

Emile Armand : ¿Y a eso llamáis vivir?

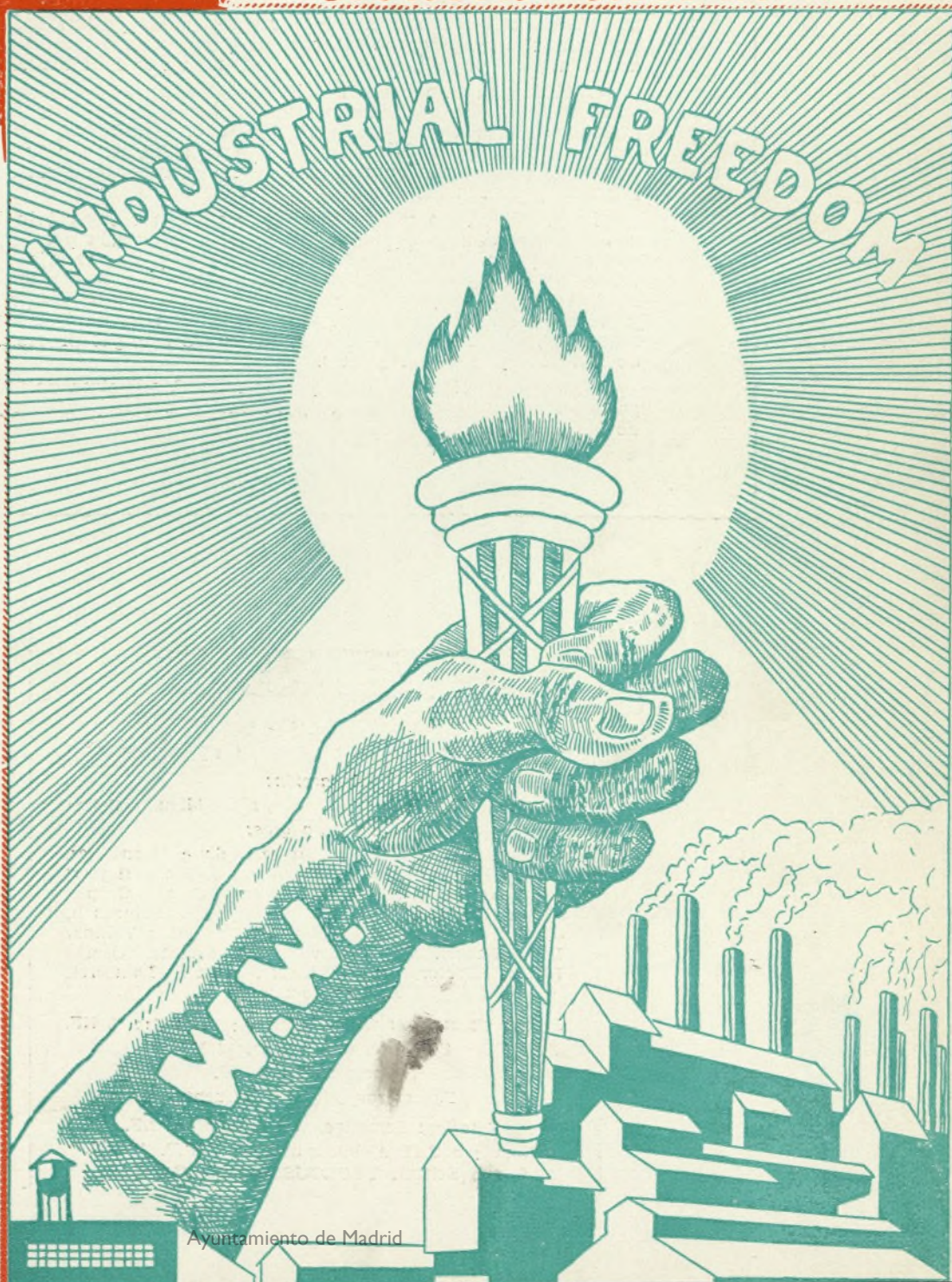
Victor García : El pensamiento anarquista (folleón).

138

JUNIO - 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NT



Ayuntamiento de Madrid

Nuestra portada

En el Nuevo Mundo, pero principalmente en Norteamérica, la I. W. W. (Industrial Workers of the World) es la Organización equivalente a lo que en Europa y algunos países latinoamericanos es la A. I. T. (Asociación Internacional de los Trabajadores).

Su portavoz « Industrial Workers » aparece con el lema « Organización, Educación, Emancipación », tenazmente defiende la causa de los trabajadores, combatiendo a la explotación y a los explotadores sin que ni la sombra de una conllevancia, sin que la idea de congraciarse con los banqueros, los patronos, los renteros, ni con ninguna de las caretas con que suele presentarse la avaricia y el parasitismo tenga entrada en sus columnas.

CENIT, que también y tan bien comparte esas ideas y esa batalla, rinde homenaje sincero a tan fraternal Asociación dedicándole en una de sus portadas uno de los gráficos que simbolizan su lucha y sus objetivos : la emancipación por medio del trabajo, la batalla al parasitismo y la exploración y la luz que alumbra y guía a los cerebros.

La I. W. W. no solamente se preocupa por sus reivindicaciones materialistas de tipo limitado, está preocupada y se muestra solidaria para con sus hermanos de clase y de trabajo de este otro lado del Atlántico. Es así como su órgano, en el número del 14 de mayo, y en primera página, contiene un estudio profundo y sincero bajo el título en español : « ¡Abajo Franco! ». Idea, según ellos, que constituye la esencia de las huelgas protestatarias de Asturias y demás regiones.

Sensible, CENIT responde y dice : Sí. Por encima de todo, organización de los trabajadores, educación social y emancipación de los explotados.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)



Como si los días no pasaran

UNAS LINEAS DE ALAIZ

LOS españoles exilados en Francia se encuentran frecuentemente en graves apuros de economía. La moneda está en baja respecto a su capacidad adquisitiva. Por otra parte, el trabajo exige una contribución dura, sin contrapartida en la nutrición. Los Hospitales están colmados de enfermos españoles, como los Sanatorios. Nos decía un doctor especialista que el cincuenta por ciento de los exilados españoles padecen del hígado.

Todo esto es profundamente doloroso. Si añadimos el sufrimiento moral de la dispersión también, la incertidumbre respecto al porvenir y los desplazamientos obligados por cese de trabajo, no nos extrañará que las listas negras de nuestro censo —del censo general del exilio— lleguen a ser densas, mucho más después de haber pasado tantos españoles por los campos de exterminio de Alemania, por los campos de concentración y Compañías de Trabajo en Francia, etc.

Pero convengamos con toda cordialidad en este hecho cierto: hay muchos españoles que se crean ellos mismos enfermedades del ánimo que se sugestionan y obsesionan planteándose y planteando problemas inexistentes, o dando a un problema sencillo proporciones volcánicas de Apocalipsis. Y entonces aparecen enfermedades ciertas, efectivas. No sólo enfermedades de índole moral y sentimental, sino enfermedades que pasan desde la iniciación sentimental y moral al malestar físico catalogable en la clínica.

El hígado, el corazón, la presión arterial, el desnivel nervioso, la desazón terrible del crítico eruptivo que cree ser franco, pero que en realidad tiene una franqueza que es un acceso de malaria, todo eso se produce a cada paso. Los humores virulentos surgen con la predisposición al sarcasmo y a la broma que sustituye al llanto. El paciente se avergonzaría de llorar, pero bromea, como «Figaro», para no sumirse en lágrimas, haciendo del humor—valor formidable cuando se produce normalmente— una cosa fúnebre y afeminada. Todo eso es patente, terriblemente doloroso para quien lo sufre, y por sufrirlo quiere contagiarlo a los demás. Pero ha de cortarlo cada cual. No se puede cortar por decreto.

Es preciso decir que ya tenemos bastante con las enfermedades hasta cierto punto inevitables. Ya tenemos bastante con las consecuencias del trabajo excesivo, con las mentiras de la diplomacia —que no actuarían en sentido adverso si fueran despreciadas concluyentemente—. Ya tenemos bastante con el kilo de papel que necesitamos para andar por la calle. Ya tenemos bastante con la lucha por la vida, con el disgusto de contemplar la muerte que diezma. Ya tenemos bastante con nuestros amigos y familiares arrebatados a la vida y a la libertad por el verdugo oriental de la cordillera carpetovetónica. Ya tenemos bastantes cuentos de miedo circulantes sin cesar uno tras otro. Ya tenemos bastantes misterios y secretos que van rodando por pasillos, esquinas y mentideros, por aparatos de radio, películas y cafés. Ya tenemos bastante con todo eso...

Si encima inventamos problemas artificiales, y no sólo los inventamos, sino que les atribuimos un carácter de **potencia ocupante** del ánimo, tal como Hitler ocupó el territorio francés, resultará inevitable que los españoles razonables y equilibrados aspiren a vivir en una especie de «maquis». Dentro del sector vociferante del politiquero del exilio, a vueltas con el

(Pasa a la página 3715)

Una voz europea en América

por William ROSE

LA visión de América de un intelectual europeo es siempre de interés, y más cuando se trata de un escritor y pensador de tanta solvencia intelectual y moral como Eugen Relgis. Autor de unos 54 libros que se han traducido en 14 idiomas, Relgis es, sin embargo, poco conocido en los Estados Unidos. Es de esperar que se remedie esta situación, y ya hay indicios de un interés creciente aquí en su obra. (1) Sería una verdadera lástima que no fuese así, porque la obra nutrida de este poeta, novelista y filósofo goza de estimación y respeto desde hace años en Europa, y ahora en Latinoamérica a través de la edición castellana de sus libros.

Nació Relgis en Yassy, Rumania, el 2 de marzo de 1895. Se dio a conocer en 1913 con un libro de fantasías literarias, «El triunfo del No Ser», su primera colección de poemas escrita cuando el autor, todavía colegial, tenía 17 años; «La locura», en 1914; y en 1919 con la novela «Voces en sordina» (publicada en castellano bajo el título «Mirón el Sordo») prologada por Stefan Zweig. De 1915 a 1917 escribió una trilogía de novelas de la adolescencia titulada «Pedro Arbol», publicada en rumano en 1924 y otra vez en 1946, revisada y en un solo tomo. No se ha traducido todavía al castellano. Sin embargo, sus obras más características son sus relatos de viajes como «Doce capitales — peregrinaciones europeas» (Ediciones «Humanidad», Montevideo, 1960), y especialmente los libros de ensayos como «La columna entre ruinas» (Américalee, Buenos Aires, 1958), «La paz del hombre» (Ediciones «Humanidad», Montevideo, 1961), etc., en que elabora la filosofía que llama «el humanitarismo». Fundamental a todo estudio de esta doctrina pacifista y universalista es el libro editado en castellano con el título «El humanitarismo» por la editorial Americalee (Buenos Aires, 1956). Relgis, idealista hondamente preocupado por los problemas sociales, sostiene que para la convivencia pacífica y el progreso ascendente de la raza humana es necesario un sistema filosófico-moral que trascienda fronteras, ideologías políticas y religiosas y, en fin, todo lo que separa al hombre de sus semejantes y causa los conflictos bélicos. Como pensador práctico y nada utópico, Relgis comprende la necesidad de asentar las bases de esta evolución progresiva sobre un proceso constante de conquistas siempre más amplias en el plano social y económico. Tal filosofía le acarreó la persecución de cuatro regímenes dictatoriales en su país natal, y por fin llegó a Montevideo en 1947 en calidad de refugiado político. El impacto de este pensador en una América sedienta de nuevos rumbos puede verse en el siguiente testimonio del académico argentino Arturo Dapdevila:

«Usted, Eugen Relgis, debe contarse entre los

viajeros beneméritos. Vino, vió y conoció. Conoció con mirada penetrante una realidad compleja y vasta. Por eso nos ha podido entregar con su libro un mensaje valiente y vital. Podrá usted decir en adelante que no padeció en vano, grave y hondamente, los dolores del espíritu. Su voz será oída: toda su lección aprovechada.» (De una carta a Eugen Relgis sobre su obra «Perspectivas culturales en Sudamérica.»)

Es la proyección a América del escritor que, como dijo Stefan Zweig en el prólogo de «Mirón el Sordo», «lucha infatigablemente por la gran fraternidad de los espíritus.»

II

En 1958 la Universidad de Montevideo editó un ensayo de Relgis dedicado totalmente a los problemas de la América contemporánea. Este libro, «Perspectivas culturales en Sudamérica», recibió el premio del Ministerio de Instrucción Pública en ese mismo año y fue saludado por Arturo Capdevila en los términos que hemos visto arriba. Contiene en síntesis el mensaje que Relgis, como intelectual europeo, ha traído a América.

Relgis comienza diferenciando claramente entre «civilización» y «cultura». Muestra que aquella es la forma temporal transitoria que adopta la sociedad en cada fase de su desarrollo, mientras que ésta, la cultura, es su contenido básico intelectual, moral y artístico que persiste a través de las diversas mutaciones que pueden operarse en la civilización u organización externa de un país o grupo de países. Sugiere el autor que el continente americano tiene actualmente varios tipos de civilización, pero que están todavía por desarrollarse una cultura o culturas propiamente americanas. Sin embargo, estima que América es terreno extremadamente fértil para la creación cultural, si los intelectuales americanos saben aprovechar debidamente sus posibilidades. Y, dentro de Sudamérica, afirma Relgis que el Uruguay es el país más indicado para la iniciación de este proceso, que es un «país del porvenir».

En primer lugar cree que los países pequeños pueden conservar su independencia espiritual del abrazo letal de las potencias luchando ahora por el dominio del mundo mejor que naciones más grandes y estratégicas, y así escapar de la tendencia visible en estos gigantes y sus satélites hacia la deshumanización y mecanización de la vida, antítesis de los ideales humanistas de Relgis. Dice que los países pequeños al margen de la guerra fría ofrecen «al hombre perseguido... un refugio

para su trabajo honesto, conforme a sus posibilidades, y que le haga recuperar su dignidad de individuo y de compañero solidario de sus hermanos, sus semejantes» (P. 87).

Pero aún más importante para Relgis es la tremenda mezcla racial del Uruguay y del continente entero, que le parece en vías de producir un tipo humano nuevo: «el tipo del hombre integral que soñamos: el cuerpo sano y fuerte, que goza de los beneficios de la civilización y de la naturaleza, y cuya inteligencia puede desenvolverse sin las trabas de una cultura superrefinada, sin los terrores de una mentalidad encadenada por los dogmas, las ideologías tiránicas o las supersticiones ancestrales» (P. 64). Se parece mucho este «hombre integral de Relgis» a la «Raza Cósmica» de Vasconcelos, pero creo que la concepción de Relgis es más amplia por su universalidad, como se ve en la siguiente descripción del tipo de cultura que creará el nuevo hombre americano: «Es por eso que creo en el porvenir americano. No como una manifestación específica de cierta época y de ciertas naciones, sino como un desenvolvimiento más sano y más armonioso de la cultura universal, como la eflorescencia más variada de una ciencia y de un arte humanizados, que estaban demasiado confinados en los laboratorios y los museos de Europa» (P. 60).

Es decir, la misión cultural de América consiste en una cuidadosa selección de los valores eternos y universales de Europa y su asimilación y depuración en el ambiente americano para crear valores propiamente americanos que luego, trascendiendo los límites continentales, llevarán su mensaje de paz y fraternidad al mundo entero. Tal es la visión de Relgis, quien sueña del renacer de la cultura europea a través de la cultura americana. Esto es lo medular del mensaje contenido en esta obra: «Por el neohumanismo que creemos haber descubierto en algunos centros culturales de América, y sobre todo en nuestro refugio que es el Uruguay, es posible devolver a Europa por lo menos una parte de sus propios valores antiguos, falsificados o destruidos por sus guerras nacionales, civiles e imperialistas, por todos sus regímenes autoritarios, absolutistas, anticulturales y antihumanos... Pagándole nuestra deuda, servimos, a través de Europa, a la Humanidad entera» (Páginas 101-102). Y recuerda Relgis al respecto la profecía que le hizo en Berlín hace más de treinta años el biólogo alemán Jorge Fr. Nicolai, ahora profesor en la Universidad de Santiago de Chile: «La nueva Europa volverá a nosotros por el camino de la América del Sur» (P. 56).

Pero Relgis también ve varios peligros que podrían malograr el desarrollo de una auténtica cultura americana y universal. De estos peligros el más aparente es la plaga de las dictaduras y de la mentalidad política, en el sentido partidista de la palabra: «La política, con su mentalidad mezquina, utilitaria, y sus procedimientos opresivos y arbitrarios, se infiltra en todos los lados, aun debajo de las puertas de las instituciones sociales, humanitarias, culturales, que ostentan la digna

etiqueta de la Autonomía» (P. 68). Para contrarrestar la influencia perniciosa de esta tendencia y evitar los desastres que ha padecido Europa, es necesaria la inteligente acción social para crear las condiciones propicias a la libre investigación: «Solamente precisamos que la primera condición de la libertad de conciencia y de todas las libertades prácticas que de ella dimanen, es evitar los errores del oscurantismo, las opresiones de todo dogmatismo político o eclesiástico, educativo, ético o mismo estético... Las supersticiones y los fetichismos de arriba, montados y sostenidos por las clases dirigentes, son más tenaces y dañinos que los del pueblo» (p. 96-7).

Otro peligro que señala el autor es la tendencia creciente hacia la mecanización y deshumanización de la vida, analizada ya por Ortega y Gasset y otros muchos pensadores, con la destrucción consiguiente de todos los valores preciados por Relgis. Para combatir esta tendencia, así como el mal tradicional del autoritarismo en todos sus aspectos, es imprescindible una nueva ideología humanista y dinámica capaz de hacer de los intelectuales una fuerza efectiva en la lucha. Y Relgis considera que el pensamiento de Rodó es básico en la elaboración de esta filosofía: «Podemos considerar a Rodó como un precursor del humanismo en su país, y situarlo entre los mejores humanistas de nuestro tiempo, porque ha dado a su concepción una amplitud que abraza a la vez la ética y la estética, sin olvidar que el punto de partida de todo idealismo es el individuo que se realiza a sí mismo, libremente, sobre el doble plano del conocimiento y la acción» (p. 88-89). Cree Relgis que esta filosofía neohumanista basada en el individuo ya se está elaborando en Latinoamérica, y que se enlaza con su propia concepción filosófica, el «humanitarismo integral»: «Para nosotros, ese neohumanismo significa el humanitarismo integral. Este reside en la conciencia que el hombre puede tener de su condición en el conjunto de la naturaleza; de las relaciones entre el individuo y su especie, en el tiempo y en el espacio; de la interdependencia de las agrupaciones sociales; y, en fin, de los medios pacíficos y solidarios que debe emplear para fomentar su propia evolución creadora. Esos medios, esas «armas» de combate son: la libertad, que no tiene más límites que los de la libertad de otros, y el amor que sabe discernir, que en la diversidad de las expresiones, de las formas y grados de desarrollo busca siempre lo que une de una manera armoniosa y no lo que divide y empuja hacia los abismos del odio y de la matanza» (p. 92-3). Es en el Uruguay especialmente que Relgis cree haber encontrado el terreno indicado para este desarrollo cultural.

El proceso se ha iniciado, pero los peligros son muchos. Por eso, Relgis aconseja prudencia a Latinoamérica en el camino que ha emprendido: «No os europeicéis, es decir, no adoptéis los malos hábitos de intolerancia y violencia de nuestra desgraciada Europa. Y tampoco os americanicéis con exceso, es decir, no os volváis esclavos del maqui-

nismo que triunfa en el Norte, y de esa falsa moral del provecho, que cuenta los minutos del tiempo mercantilizado y juzga el valor de un hombre de acuerdo a sus apariencias materiales» (p. 65).

III

Aunque lo grueso de las obras de Eugen Relgis está escrito en prosa, inició su carrera como poeta y lo sigue siendo. Además de sus libros de poemas y prosa poética, ciertos ensayos y especialmente sus libros de viajes contienen una prosa tan rica, variada y lírica, que se advierte en seguida que son los productos de un temperamento esencialmente poético. Y la vena puramente poética, interrumpida por los acontecimientos trágicos en Europa antes y después de la Segunda Guerra Mundial, ha vuelto a aparecer en América. En 1954 se publicó una colección de poemas escritos en rumano con el título « Sudamérica ». Estos poemas, traducidos al castellano por Pablo R. Troise, acaban de editarse en 1960 en los « Cuadernos de Julio Herrera y Reissig » de Montevideo en un tomito titulado « En un lugar de los Andes ». En ellos Relgis expresó líricamente los temas expuestos en el libro que acabamos de estudiar.

Se siente sobre todo la presencia de una naturaleza ruda y gigantesca que domina a veces al hombre y humilla su orgullo:

«Aquí estás, extraviado
en algún sitio de los Andes
erguido sobre el hilo del sendero,
entre dos precipicios.

Apenas eres alguien
— eres sólo una hormiga
que ya ignora su olla,
tiritando de miedo
aquí y allá,

entre un abismo ciego, estrecho y hondo,
y otro que sube y sube
inquebrantable,
luchando con el mundo,
añorando los copos azulados
tendidos entre picos,
cuando quiere llegar hasta los astros
que salpican el cielo» (p. 21).

En el mismo poema, « Alma Mater », desde las alturas nos muestra América en forma de un gigante tendido en los océanos, revelando así la unidad de su visión continental, esencial a la comprensión de las ideas del autor sobre el Nuevo Mundo:

«Desde siglos, el ídolo es el mismo:
en el Norte, la frente entre las brumas
— coronilla nevada desde siempre;
rostro clavado en los témpanos de hielo.

Los hombros angulosos,
las espaldas talladas
y las costillas rotas;
los músculos rocosos
y las venas hinchadas.

El apoya sus brazos
en las olas,

aferrando los dedos
en el fondo;
cogiendo las entrañas
pegajosas de sangre,
y parece que intenta levantarse,
ya jadeante, gimiendo
...o resoplando
de furia y de dolor» (p. 23).

Como sugiere la imagen poética, América debe ser un continente unido en la opinión de Relgis:

«¿Tres Américas? ¡Sin UNA!,
con sus tribus y sus pueblos
— todos creciendo en su senda,
bajo igual sol e igual cielo» (p. 26).

La misión americana propuesta por el autor es proclamada por el gigante mismo:

«— Un corazón de fuego
late bajo la tierra,
y ella es sólo una gota
desprendida del sol,
teniendo voz y aliento
no para un continente,
sino para los cinco
que ella misma engendrara,
crecidos en el yunque del trabajo.
Porque la tierra es buena
y generosa,
y a todos alimenta» (p. 27).

El poeta no soslaya, por otro lado, los problemas americanos. Como hemos visto antes toma posiciones firmes, y sin titubeos.

En el poema « Indios » (p. 28-9) los describe:

«Cabizbajos, encorvados, deshechos... acurrucados,
están sentados en rueda; sin moverse esperarán...»

«¿Desde cuándo en esta tierra son víctimas perse-
[guidas,
y hasta cuándo serán siervos de su propia sole-
[dad?]

pero no duda de su destino, que describe metafóricamente:

«Suben, suben el sendero buscándose hacia el
[Oriente,
con los brazos levantados en silente adoración
— herencia de los ancestros con tanto tiempo en la
[frente —
llevando la ofrenda ardiente rumbo a la gloria del
[sol...]

Expresa también el dolor del exilio de su amada Europa:

«Y aquí estoy, al fin del rumbo; lejos del país que
[llora,
sin mis hermanos deshechos, si es que en sus ojos
[hay vida.

Mis padres, los que murmuran, y aquéllos por los
[que implora
— más allá del horizonte hermoso — mi voz tran-
[sida» (p. 38).

Y expresa su agradecimiento por el acogimiento fraternal que le ha hecho el Uruguay:

«¡Oh, mano hermana posada sobre mi espalda
[cansada!
Siento otra vez el aliento que se había ido de mí.
— La casa es tuya. ¿Qué penas nublan así tu mi-
rada? —
...Y en un soplo de esperanza vuelve la fe que
[perdió» (ibid.).

Luego, en el ciclo poético «Petrópolis», nacido de su peregrinaje al Brasil a la tumba de otro gran europeo, Stefan Zweig, entendemos más claramente lo que le atrajo a este peregrino del humanismo a América. Dice en la primera estrofa del

poema «De profundis — A la tumba de Stefan Zweig — »:

«Es por tí que he venido desde otro continente.
Mis pasos van hollando tu último camino» (p. 57).

Y al fin del mismo poema expresa Relgis la actitud que le pareció típica de la vida de Stefan Zweig y que quisiera adoptar — y ha adoptado en la suya propia:

«Tan firme como él mismo quisiera mantenerme, llevando en las espaldas la carga de la vida. Aspero, mudo y frío delante del destino, inmovible bajo los golpes del dolor...» (p. 59).

Versos que pueden servir de lema a la vida de Relgis y de todo un continente, América, que él ve destinado a soportar en sus anchas espaldas el porvenir de la cultura occidental.



UNAS LINEAS DE ALAIZ

(Viene de la página 3711)

barullero botón de la radio, a vueltas con mil secretos a voces, diez mil diálogos para molestarse unos a otros y cien mil misterios de esfinge, no es posible vivir.

Dentro del volcán crítico que invierte en murmurar, en quemar y en quemarse tanto tiempo como en respirar, es preciso aislarse, ir al «maquis», saturarse de intemperie, libros y silencio. No se puede imponer silencio al que moriría de rabia si no pudiera hablar de lo que dicen que habían dicho que dirían. Emburallando con las informaciones manipuladas por los partidos —todas falsas—, la carencia de información directa y el torrente de inventiva, el barullo llega a extremos de asfixia. Entre tantos Gobiernos como se crean sin cesar falta uno: el de los que no quieren ser asfixiados.

¿Qué se espera? ¿Un milagro? «El sector que destacara a uno de los suyos para sacar a Franco —se dice—, ganaría la partida contra Franco.»

He aquí claramente expresado el concepto de milagrería, y la confesión terrible de que veinticuatro millones de enemigos de Franco no pueden contra él lo que podría uno solo o un pequeño grupo. Esto es falso. Es redentorismo, religión, afición al milagro. Pero lo peor es que quien habla así piensa políticamente en que el acto lo consuma otro, no él. Y está de un humor endiablado viendo que no sale a escena el otro. El que en España va a perder la vida contra la ignominia falangista, no chillani piensa en el otro.

Lo peor es el ambiente de milagrería que no imita a los activistas y los deja solos. No se generaliza la acción por eso, y en vista del fallo, la crítica mordaz, no la racional, ocupa el lugar de los actos.

Nadie está obligado a ser héroe forzoso. Pero se impone la discreción y la tregua cuando se quiere ser espectador, no actor, de hechos y acciones.

FELIPE ALAIZ

Las mujeres en la revolución española

por Federica MONTSENY

HAY un cúmulo de prejuicios sobre la mujer, y más sobre la española, y es preciso rendir justicia a su abnegación porque se asoció en todo momento a la lucha y contribuyó denodadamente a ella a lo largo del proceso evolutivo de la Humanidad. No sólo es preciso recordar la actitud de la mujer en los días de julio del 36. Sería incompleto. El 19 de julio tiene justificación en el pasado. Todos descendemos de ese pasado. La acción de la mujer en la lucha por la libertad es poco conocida. Por otra parte, ha tenido que enfrentarse ella con el ambiente hostil que la relega «a las labores propias de su sexo» y se ha visto sitiada, como bloqueada por el concepto casero, rémora de siglos y siglos contra la libertad de la mujer.

Si en algunos países ha sido factor determinante, en España no ha podido serlo por circunstancias evidentes. La Iglesia hace de ella el motivo más patente de influencia, y el sentir general la sitúa en terreno desfavorable por la preocupación de minimizar su carácter. Aparte las figuras de mujer que como María de Molina o Isabel de Castilla ocuparon un trono o tuvieron relieve culminante en los acontecimientos políticos apenas existe la mujer. Casi no se sabe nada de ella. Sin embargo, hay un extenso repertorio de actividad femenina eminente que no podemos olvidar.

En la Revolución francesa de 1789, no sólo intervino en la lucha abierta. La Enciclopedia había dado ideas a la Revolución, influyendo en los dos sexos dedicadamente. En los movimientos refractarios de España, hubo siempre mujeres activas que marcaron los jalones dignos de loa y dieron ejemplo a otras mujeres y a los mismos hombres. La Historia permanece muda cuando los poetas no cantan hazañas, cuando pintores y escultores no plasman hechos destacados, pero dentro del pueblo en esa cantera inagotable de valores, la mayor parte anónimos, la mujer tuvo su acción también. No nos legaron sus nombres tantas mujeres, pero supieron combatir en horas difíciles y animar la lucha. Sea para ellas nuestro homenaje.

Los nombres históricos se confunden con la leyenda y dan a ésta valor cierto. Recordemos a María la Brava, viuda de Padilla, decapitado éste cuando el emperador reprimió tan duramente la sublevación de los Comuneros de Castilla. La viuda de Padilla se hace fuerte en Toledo. Resiste allí con entereza a las hordas de Carlos V. Se bate como un hombre valiente. Una traición abre las puertas de Toledo y María la Brava es condenada a clausura perpetua en la cárcel conventual de las Huelgas de Burgos.

Aquella lucha no era aún social, pero representaba un antagonismo vibrante contra el poder cesarista, contra el absolutismo de la corona. Las

Germanías de Valencia, como la lucha aragonesa que representó Lanuza, decapitado por el poder real, tienen carácter semejante, igual que Rafael de Casanova en Cataluña. Contemporáneo de María la Brava fue en Cataluña Juana de Torrellas, viuda de Serrallonga. Reunió Juana de Torrellas a unos cuantos guerrilleros dispersos por las montañas, ocupando las Guillerías y el Montseny. En la viuda de Serrallonga, como en los que combatían más con ella que por ella, latía el espíritu de las libertades populares catalanas.

Teresa de Jesús desbordó el marco estricto de los dogmas con sentimiento activo inconformista y ardor de mujer contra los prejuicios de su tiempo. No podemos dejar que la Iglesia se asimile aquella personalidad extraordinaria que pertenece al acervo de la mujer española. Teresa escandalizó a sus contemporáneas y concitó contra ella las iras de la Inquisición.

En el cultivo de la ciencia botánica aparece un nombre de mujer ilustre: Eulalia Sabuco, pensadora que tuvo el noble empeño de abordar el dominio de lo desconocido, espíritu inquieto que entró por derecho propio en las luchas de su época y se vinculó a la causa de la cultura y del experimento contra el terror de la teología. Otras mujeres tesoneras y decididas podríamos citar. Agustina de Aragón, combatiente contra las huestes de Napoleón; Mariana Pineda, ahorcada en Granada por bordar el estandarte de la libertad y las mujeres catalanas asesinadas por los esbirros del general Zapatero. Va creándose a lo largo de los siglos una nueva mística. Ya no será la mujer instrumento pasivo, sino que contribuirá ardorosamente a la lucha, y muchas veces ejemplo del hombre.

No se da en España el caso de una Julieta Recamier. En España, la mujer se va incorporando a la mística nueva, a la pelea ardiente que sucede a la magia de los dogmas. El arte, la literatura, la ciencia, los ideales progresivos prenden en el corazón de la mujer, que tiende a ser abnegada porque lo es ya anónimamente en el hogar en la crianza de los hijos. Rosalía de Castro cultiva la poesía. Emilia Pardo Bazán la novela, el ensayo, la crítica. Amalia Domingo Soler da un alto ejemplo de humanismo, desbordando también, como Teresa de Jesús, todo particularismo.

Concepción Arenal introduce en el mundo penitenciario las ideas más generosas. Ella prueba que el delincuente no es delincuente sino enfermo, un huérfano de comprensión. Concepción Arenal quiere curar en vez de castigar. En realidad fueron discípulos de Concepción Arenal hom-

bres ilustres como Dorado Montero, Salillas y el mismo Francisco Giner de los Ríos. Tuvo que enfrentarse Concepción Arenal con engolados juristas de su tiempo, pero triunfó. Sus ideas son las del porvenir. Internacionalmente, los pensadores más dignos de este nombre tienen a Concepción Arenal como precursora de ideas reparadoras, ideas que están en la base de todo sistema positivo de progreso y verdadera justicia.

Amalia Domingo Solera procedía del librepensamiento. Era físicamente una mujer deficiente: jorobada, medio paralítica, débil en extremo. Pero condensaba toda su energía en el cerebro y tuvo una actividad altamente honrosa y una vida de sacrificio. Soledad Gustavo, mi madre — séame permitido este recuerdo — contribuyó con Gabarró a fundar la escuela laica. Muy joven tomó parte en el memorable Primer Certamen Socialista. Su cultura, su profesión y vocación de maestra contribuyeron al renacer del movimiento de las ideas anarquistas y actuó con Lluana en la redacción de «Las Dominicales».

¿Y qué diremos de Teresa Claramunt? Obrera de fábrica de Sabadell, con una inteligencia despierta y una lealtad constante para nuestra causa, espíritu puro y autodidacta, llegó a ser la mejor oradora de España. Su heroísmo, su firmeza, su clara interpretación de las ideas, fueron constantes estímulos. La mitad de su vida la pasó de cárcel en cárcel, de destierro en destierro. Figuró en el proceso de Montjuich. Al ser conducida, atada, al castillo, le preguntó un guardia:

— ¿Tienes miedo, Teresa?

Y contestó ella:

— ¿Desde cuándo nos conocemos?

La réplica dejó al esbirro sin palabra.

Sacaba cartas del castillo valiéndose de su audacia y habilidad. Recibía armas del exterior, era madre de todos los presos. Fue encerrada junto al tristemente calabozo **cero**, lugar histórico de martirios. Tenía que oír gritos de dolor de los torturados. Su temple no quedó atenuado un solo momento. Requerida por el verdugo Portas para que denunciara a compañeros activos, replicó contundentemente. Asistió a siete fusilamientos obligada por los sayones y fue deportada a Inglaterra con 28 refractarios.

Pasó a Francia desde Inglaterra. El cerco policiaco y las privaciones de todo orden no dejaron a Teresa un minuto de reposo. Ante el espectáculo doloroso de un joven preso ruso que se moría de hambre y de tuberculosis, Teresa robó leche y pan. En España volvió a sufrir el rigor de todas las represiones, siendo condenada a ocho años de prisión por tenencia de explosivos y casi a otros tantos por una huelga de Zaragoza.

De los 63 años que tenía cuando murió en Barcelona en abril de 1931, había pasado 20 en cárceles y lugares de destierro. La lucha clandestina fue su vida, su actividad y su vocación. Y aún pudo parir ocho hijos.

La vieja Cayetana, otra mujer extraordinaria, era enlace entre Montjuich y la calle. Circulaba mensajes y documentos y se entregaba, entre peli-

gros inminentes, a favorecer a los presos y a sus familiares. Francisca Saperas era otro arquetipo de abnegación, algo así como la Madona de los proscritos. Partía su pan con ellos. La represión fusiló a su compañero y a su yerno. Su espíritu fue indomable y tenaz hasta la muerte. Hay una floración anónima de mujeres heroicas que no podemos olvidar.

En 1917, el movimiento en pro del abaratamiento de subsistencias tuvo en las mujeres admirables animadoras, propulsoras activas y luchadoras ardientes. Por cierto que aquella fecha marca la primera coincidencia entre la U.G.T. y C.N.T. Al dar la guardia civil una de sus cargas más brutales Rosario Dolcet desafió a los tricrornos y con buen número de compañeras se sentó en el suelo en vez de huir.

En 1909, las mujeres interceptaban la circulación de trenes cargados de reclutas enviados a Marruecos. Las mujeres se daban enteras a la causa justiciera y estuvieron en la vanguardia del ideal y de la acción directa. Sólo guiaba a aquellas luchadoras la satisfacción del deber cumplido.

Diréis que exalto las cualidades de la mujer y que silencio sus insuficiencias para no desbordar un marco de perfección. No. Conozco las omisiones, pero no puedo avenirme a juzgarlas sin comprensión. La frivolidad, la ausencia de dimensiones profundas, los mismos excesos de la mujer son evidentes. Incluso me dan motivo para enunciar una teoría viendo que el mundo no se pronuncia contra la mujer no es mejor que ella.

La mujer es un pájaro sin libertad. El hecho de que a veces use la libertad sin discernimiento, es cierto. Pero no es menos cierto que aquella libertad se ve constantemente reprimida y que si linda con el exceso, no llegaría a él de tener la mujer en uso constante la libertad de que la priven y sólo alcanza excepcionalmente, presa en los convencionalismos de curso general. El padre primero, el esposo después o el hermano, la consideran menor de edad. Juridicamente lo es. Está incapacitada por la ley. Días después del 19 de julio se dijo que la mujer española se desenfrenó. Pero no hay que ser injustos. Acostumbrada a verse siempre en lugar secundario, la mujer quiso demostrar y demostró que era capaz de luchar como el hombre. Todos pudimos presenciar actos de heroísmo y responsabilidades compartidas.

En otros países la mujer puede ser una especie de reina sin trono y aparecer como superior al hombre. En España, la Iglesia mantuvo retraídas a las mujeres. Cuando éstas quieren propagar las ideas se encuentran con verdaderas sorpresas. Recuerdo que en Valladolid las hermanas de Orobón Fernández no asistieron a un acto público donde hablaba yo y se disculparon diciendo que estarían mal vistas si iban al mitin. En Andalucía, en la zona minera de Huelva, en 1932, los chiquillos iban gritando por la calle cuando pasaba yo: «Ahí va la mujer que habla...» Que mi madre en el Ateneo de Madrid hablara de nuestras ideas como habló era un caso insólito, un acontecimiento desusado, una especie de aurora boreal.

Cuanta más libertad racional tiene la mujer más libertad merece y gana. Durante la guerra del 14 la mujer ocupó la plaza del hombre en los lugares de trabajo y ya no los abandona. Y en cuanto a los mujeres que trabajan secularmente, recordemos las epopeyas de las cigarreras y la huelga de La Coruña. Hasta las amas de cría participaron en el movimiento. Por lo que se refiere al 19 de julio, si hubo mujeres fáciles que fueron al frente otras mujeres impulsaron a los hombres y se prestaron en hospitales y ambulancias, a las buenas obras, lo mismo que la producción. Los fallos de unas están bien compensados con las virtudes de las más. Y herederas de éstas son las mujeres españolas que hoy resisten con denuedo al oprobio del franquismo.

Recordemos el nombre de María Silva, «La Libertaria», y el de la compañera de Cordón, ambas asesinadas. Recordemos las huelgas silenciosas, la intervención de las mujeres en la España de hoy como enlace heroico entre héroes. Ellas defienden la vida de los compañeros con firmeza extraordinaria, con inciativas y abnegación ejemplares a riesgo de perder la vida. Y recordemos a las mujeres de 1902, de 1909, de 1911, de 1917, de 1919, las luchadoras contra la dictadura del 23 y tantas otras dignas de evocación.

¿Se ha preocupado el hombre por la mujer? Sólo se tiene a ésta por «sexo contrario». Hubo un articulista — Viadiu — que llegó a escribir: «¡Que los dioses nos libren de una mujer emancipada!» Los hombres admiráis a la mujer que sube a la tribuna, a la que propaga las ideas. Pero la admiráis a condición de que no sea la vuestra.

Bakunin ya dijo que era indispensable ganar la conciencia de la mujer para el triunfo.

En general se admira a las luchadoras como Luisa Michel, a las vengadoras rusas. Pero que no sean las mujeres propias. Y si reflexionamos bien, veremos que el esfuerzo de la mujer en la lucha es más meritorio que en el hombre. Ha de sufrir más que éste, rodeada de obstáculos: la familia, el ambiente hostil, el hombre mismo, que tiene en España a menudo posos de sangre árabe y se cree dominador, amo y celoso. Con esta mentalidad, la emancipación de la mujer es difícil.

Creo que los buenos estímulos harían de nuestras mujeres propagandistas de calidad en la tribuna de la prensa. Las mujeres inteligentes que se casan, no dejan de ser inteligentes para ser madres, pero siendo madres abandonan todo lo que no sea el hogar. El marido dice a la mujer: «Tú para mí y para nadie más». Emma Goldman llegó a anular su condición de mujer, pues no quería desatender la lucha. Creo que los hombres habrían de tener una visión inteligente para interesar a fondo a la mujer. Un ideal propagado por ésta, tiene más atractivo que el mismo ideal propagado por un hombre.

El Vaticano tuvo y tiene el enorme poder que vemos porque lo concentra en la conquista de la conciencia femenina. A pesar de que los jerarcas de la Iglesia ven en la mujer la encarnación del diablo, todo lo edifica, todo lo funda la Iglesia en

la mujer. María es la figura central del retablo cristiano y madre de la divinidad. La Iglesia cultiva el ñoño sentimentalismo femenino, es decir, la debilidad mujeril, atrae a la mujer para la confianza y estimula su predisposición a lo patético con el culto a los corazones.

Lo usual en la mujer es el impulso dispuesto al sacrificio, tan vivo en el instinto maternal. La mujer se incorpora a las ideas más por el corazón que por la mente.

No pidamos responsabilidad a la mujer si la tenemos por ser inferior, sometida a tutela. En ninguna actividad permanece rezagada. Ya véis que en Francia la mujer vence al hombre en los concursos docentes. Si sólo se pide a la mujer que sea guapa, lo será hasta el delirio aunque el hombre sea un Adán, pero se inclinará — como el hombre — por la ligereza y la frivolidad. Esto no es patrimonio exclusivo del llamado sexo débil.

La mujer tiene virtudes puras y es susceptible de un intercambio mental y moral con el hombre que no se crea amo. No exalto a la mujer, pero me sublevar las injusticias que se cometen con ella.

Ninguna transformación efectiva de la sociedad, ningún avance, ningún ideal se harán realidad sin intervención de la mujer. ¿Quién forma a los hijos? La madre. Pi y Margall tuvo una hija y dos hijos. La mujer de Pi y Margall era creyente y la hija se hizo monja. Yo misma debo mi formación a mi madre. Los hombres de mañana, los hombres de todos los mañanas, los formará la mujer. En las Revoluciones rusas desde principios de siglo, las estudiantas instruían a los hijos de los aldeanos.

Cada mujer puede ser una artista en la vida. En ella reside la eternidad con el genio de la especie. Primero ha de modelarse ella y luego ella modelará al hijo. El sentido altruista lo posee la mujer en grado eminente. No lo estorbéis. Pensad que haremos más por la Revolución mundial estimulando la selección de una élite femenina que conquistando cuatro o cinco mil hombres. Que se ciegue la fuente de los egoísmos en el hombre, que se suprima de raíz el concepto de propiedad que tiene de la mujer.

Nada enriquece el valor íntimo de la mujer, nada eleva y dignifica a ésta como el convencimiento de que no es un ser inferior. Si ese convencimiento es efectivo, las vanidades y frivolidades quedarán reducidas hasta desaparecer, y el sentido superior de la vida neutralizará el concepto peyorativo de la mujer que tiene a veces ella de sí misma como hoja a merced del viento.

La vida es yunque. En él se moldea el temperamento. Cuando la mujer consiga la serenidad laboriosa de moldearse en el yunque, serenidad que consiste en hacer de la propia vida una obra de arte, cuando se vea estimulada y ayudada por el compañero de su vida, el ideal le parecerá más grande, pero también más asequible. Nada empuja y descorazona tanto como la vida frívola, incapaz de ascensión espiritual. Hay que ele-

La psicología y la conducta humana

El sexo, el hombre y la sociedad

VIII

RECIENTES sucesos ocurridos en París y en Londres nos hacen escribir sobre el instinto sexual que influye, grandemente, en las funciones orgánicas, en las actividades del hombre, en su carácter y en su personalidad. De elevar o no la función sexual a la categoría de vicio puede inclinarlo hacia la decadencia fisiológica y psíquica o en el sentido de la superación moral, mental y física. Y sabido es que el sexo es la condición orgánica que diferencia a los individuos pertenecientes a las especies animales y vegetales clasificándolos, en el seno de cada uno, como machos y hembras.

En nuestra especie lo normal es que el sujeto pertenezca al sexo masculino o al femenino, y las tres variedades de homosexuales, de las que hablaremos más adelante, son enfermos mentales y no tipos intermedios entre los sexos. Hoy la Psicoterapia afirma que no hay ninguna variedad homosexual incurable si el enfermo colabora a su propia curación. Y lo hace, generalmente hablando, convencido o persuadido de que es anormal creer que es hombre siendo mujer, o a la inversa, y que es cosa impropia y contraria a la raza humana, a las necesidades naturales, biológicas, de conservación y propagación sana y feliz del individuo y del género humano.

Exponemos, en líneas generales, lo que intentaremos demostrar, en este trabajo, llanamente, estimulados por las noticias que a continuación transcribimos y comentamos, como asimismo probar que las organizaciones políticas-sociales de nuestros días originan gran número de enferme-

var la mirada. Y entonces se perdona porque se comprende.

A los hombres les digo que Villiers de l'Isle Adam, en su «Eva futura» nos presenta una mujer especie de «robot», que obedece a la automática y representa para las generaciones manicomiales el ideal femenino. No, no. La Eva futura estará en la comunidad perfecta del amor. No puede éste existir en el hombre si se cree amado por un ser inferior. No se puede amar integralmente al ser que se desprecie. Incluso por egoísmo, por egoísmo legítimo se entiende, el hombre ha de ayudar a la mujer, a callar atavismos propios, desprenderse de preocupaciones ancestrales. La personalidad humana tendrá entonces espacio para desenvolverse con libertad en los dos sexos y surgirá el necesario equilibrio. Para terminar, quisiera que vosotros, hombres, reflexionárais, y que vosotras, mujeres, os decidiérais a compartir la reflexión y la decisión.

dades entre las cuales contamos la de la homosexualidad. Es preciso que las ideas salvadoras desarraiguen de los entendimientos los inveterados hábitos mentales, los viejos prejuicios, todas las ideas anticuadas que se resisten a desaparecer.

La prensa mundial hizo público que el día 16 de marzo, próximo pasado, en París, se casó Jacqueline Dufresnoys, que después de varias operaciones quirúrgicas se convirtió en mujer. Antes llevó el nombre masculino de Jacques. Dos días después, el 18 de marzo de 1962, desde Londres, se dió al mundo la noticia de que un hombre de 40 años de edad, que había sido homosexual desde los 18 años, ha sido curado por medio de una droga y de grabaciones magnetofónicas, según reveló, en la precitada fecha, el **British Medical Journal** (Diario Médico Británico).

El doctor Brasil Jones informó, desde esta publicación, que el homosexual, individuo graduado universitario, había sido sometido a previo tratamiento psiquiátrico, sin éxito alguno. Manifiesta que tras un intento de suicidio se le puso bajo el cuidado de un médico que le inyectó apomorfina, una droga que causa náuseas y vómitos. Cuando el paciente se sentía presa de las náuseas, le mostraban fotografías de los distintos tipos de hombres con los cuales había tenido relaciones. Entonces se le obligaba a escuchar, a intervalos de dos horas, grabaciones en cinta magnética que explicaban los orígenes de la homosexualidad. El siguiente paso del tratamiento consistió en despertarlo todas las noches, cada dos horas, para referirle lo bien que estaba respondiendo la curación.

Más adelante, le mostraron fotografías de mujeres de anatomía atractiva, y se le hizo escuchar música grabada por cantantes femeninas de voz sensual.

El tratamiento, afirma el precitado doctor, duró veinte semanas y, según el artículo, «el individuo se ha convertido, en todos sentidos, en una persona normal, que tiene una acompañante del sexo opuesto, y una mejor vida en lo profesional y lo personal.»

Estamos escribiendo a mediados de abril. Hemos dejado pasar un mes y la información dada, con toda seriedad, por el **Diario Médico Británico** no ha sido rectificada, aclarada ni ampliada en ninguna de sus partes. Tampoco lo ha hecho el periodismo internacional que la difundió, en todos los idiomas, dando por admitido que tuvo éxito el tratamiento de dicho médico después del «fracaso de los métodos psiquiátricos».

Acogemos con agrado la noticia de la precitada curación, pero nos subleva parte de la misma por significar, a nuestro entender, injusticia y false-

dad que no podemos silenciar. Y hablamos desde CENIT deseando que no sea la única revista o publicación que señale, divulgue y vulgarice lo que consideramos la verdad científica. Bien que hablen los profanos, pero psicólogos y psiquiatras debieran tomar la palabra, hacer oír su docta voz. Nosotros intervenimos impulsados por nuestra conciencia, por la probidad intelectual, la ética y el respeto que nos merecen la Psicología, la Psiquiatría y los hombres que ejercen estas ciencias. Admiramos más a estos científicos que a los atómicos, por ejemplo, porque realizan la más urgente y noble de las tareas: mejorar el equilibrio psíquico-mental de los individuos humanos y de la sociedad, de la que no obtienen la colaboración que necesitan, más que otros científicos, para bien de la Humanidad.

No es difícil intuir lo sucedido en el caso de Londres por la misma información del *British Medical Journal*, que tenía el deber ético y científico de hacer al artículo las aclaraciones y ampliaciones pertinentes. Si lo inadmisibles, por error, pasó inadvertido, bien pueden rectificarlo ahora al darse cuenta. « Más vale tarde que nunca ».

Historiales de enfermos mentales nos enseñan que es común, generalmente hablando, la resistencia del sujeto sometido al psicoanálisis. Aunque ansia, verdaderamente, resolver el conflicto psicológico que lo angustia sobremanera se resiste al psicólogo y al psiquiatra más competente; quisiera que se lo resolvieran sin descubrir ciertas de sus intimidades, algunas partes de su mundo subjetivo que quiso siempre ocultar o que ignora y van descubriéndose en el curso del tratamiento con sus verdaderos valores cuantitativos y cualitativos. Sin embargo, de descubrirlas, de llevarlas al nivel de la conciencia y analizarlas depende, en unos casos, el principio de la curación y, en otros sujetos, ser curados automática y totalmente: quedar sin la angustia al conocer la causa que la producía. Y pese al enfermo mental, psicólogos y psiquiatras tienen que proseguir la tarea de conocer al sujeto que en momentos dados, llega a odiarlos y a veces «escapan», negándose a colaborar a su propia salvación.

No nos extraña lo más mínimo que el homosexual precitado llegara en su desesperación, en el paroxismo de la resistencia psicológica, a intentar «escapar de la vida» mediante el suicidio, arrastrado por irreprimible impulso de destrucción. ¡Morir para no sufrir tanta vergüenza! Deducimos que le faltó valor humano para resistir el momento álgido, crítico de las pruebas psicológicas. No nos cabe la menor duda de que ese fue el instante de crisis psíquica-mental salvadora, el que señaló la iniciación de la curación efectiva. Por razones que desconocemos, el paciente, después de haber fracasado en su intento de suicidio, fue a parar a manos de otro médico, no psiquiatra, que lo curó.»

El doctor Brasil Jones olvidó — o no pudo ver, cegado el entendimiento por la vanidad y un mezquino sentimiento de competencia — que cuando un médico fracasa en el caso que otro médico

triunfa no quiere decir que falló la ciencia de uno y triunfó la del otro sino que fue más entendido o tuvo más suerte dado que la ciencia es una y sólo una. Pero la conducta del precitado doctor es peor: de modo gratuito proclama que fracasó el tratamiento psiquiátrico cuando es evidente que fue el paciente quien sufrió, en el momento decisivo, una derrota — sin ser vencido — en su lucha por recuperar la salud psíquica y mental perdida hacia veintidós años.

Con su frustrada acción suicida el sujeto hizo abdicación de su voluntad a continuar resistiendo y, al mismo tiempo, reconocida lo miserable de su existencia dominada por el homosexualismo por el que sintió, en aquel instante, honda aversión como jamás había experimentado. Antes del tratamiento psiquiátrico nunca intentó destruirse, recurrir al suicidio, lo que quiere decir que se había elevado el nivel de su conciencia psicológica — de mayor comprensión — y el de conciencia moral sobre todo. Seguramente, el temor a que le faltara voluntad positiva para alcanzar el ajuste heterosexual le hizo preferir no soportar más su existencia anormal.

El doctor «triunfante» obtuvo la curación gracias a los médicos psiquiatras que se la facilitaron. Esta es la verdad, aunque envanecido por el buen resultado, con soberbia impropia de un verdadero científico, hace público, ruidosamente, que donde fracasó la Psiquiatría triunfó «él» con la Medicina. Que recurrió a la primera para salvar al sujeto enfermo de homosexualidad lo dicen sus propias palabras. Y viendo cómo el precitado doctor se antepone a sus colegas y a la misma Ciencia no creemos exagerar al decir que no ha notado que sufre un complejo psicológico de carácter egocéntrico con perfiles egolátricos bien marcados.

Los mismos psicólogos y psiquiatras, consecuentes con los principios sobre higiene mental, de tiempo en tiempo, cuando lo consideran conveniente piden ser psicoanalizados por otros colegas. Decimos esto para que no se agrave el tan mencionado médico de Londres — que por su proceder proyecta carácter muy susceptible — si le aconsejamos que se deje psicoanalizar con más motivo que lo hace, voluntariamente, cualquier psicólogo para asegurarse, relativamente hablando, cuán normal es o de que tanto equilibrio psicológico goza. Lo reclama, a nuestro entender, la conducta anormal que observa según los datos psicológicos que ha ofrecido públicamente, y otros que desconocemos nosotros y él mismo, seguramente, que se encadenan siempre con los conocidos y comprobados.

Por otra parte, el doctor Brasil Jones confunde la Psicología con la Psiquiatría o pretende negarles el amplio campo de actividad científica que tienen. En nuestros días el comportamiento del hombre no es estudiado y tratado sólo por el psicoanálisis — psicología profunda — y la fenomenología, que se complementan, y las distintas pruebas psicológicas, sino también por la psiquiatría genética, la psicología constitucional, la endocrinología, la psiquiatría bioquímica, etc.

Entre las Ciencias Médicas dedicadas a curar enfermedades del cuerpo, la Psicología y la Psiquiatría son las que se especializan a prevenir y curar las mentales como la homosexualidad, que es enfermedad de origen psicológico. ¿Por qué, entonces, en las columnas del *Diario Médico Británico* se permiten proclamar el sedicente fracaso del tratamiento psiquiátrico en un sujeto homosexual? ¡Vanidad de vanidades y summum de debilidades humanas!

Concretamente: al homosexual precitado, que quiso dejar de serlo — factor psicológico —, le aplican recursos médicos psiquiátricos extremos, el tratamiento psicoterapéutico que reclamaba su situación particular, su caso especial, la naturaleza concreta del mismo. Conocidos los factores dinámicos de ésta, de acuerdo con los datos exógenos y endógenos, verificados, pudo aplicársele la terapia más adecuada y acertada.

La Psicología y la Psiquiatría contemporáneas dan importancia superlativa a la higiene mental y a la psicología clínica para resolver los problemas emocionales y de conducta del hombre. Y en nuestros días puede afirmarse que con la colaboración de la Medicina es posible extirpar la homosexualidad de la naturaleza humana.

Son muchas las personas — entre las que se encuentran médicos — que por no haber entrado en contacto con las precitadas ciencias siguen defendiendo que la homosexualidad es determinada biológicamente, que es un problema a resolver de carácter totalmente fisiológico, constitucional, en fin, que se debe a causas orgánicas. Y menosprecian al psicólogo y al psiquiatra, a los que algún día se les reconocerán sus verdaderos valores en este mundo desequilibrado que vivimos en el que sólo vale el « dinero ». Por eso nos solidarizamos con aquéllos, que son consecuentes, y refutamos lo afirmado en el *British Medical Journal*. Reconocemos a la Psicología y a la Psiquiatría — y a todas las demás ramas de la Medicina en sus respectivas áreas de especialización — el crédito que tienen en el estudio y tratamiento de todas las anormalidades psicológicas incluyendo las sexuales.

Sin ser científicos, como simples estudiantes amantes del saber, hacemos un somero estudio sobre la homosexualidad. No incluimos el tipo hermafrodita, por ser excepcional rareza patológica casi incontrolable en la raza humana. Que lo estudien médicos y fisiólogos lo mismo que estudian un raro ejemplar humano que nace unido a otro, con dos cabezas, etc. Los estudios que se refieren a las perturbaciones homosexuales no pueden partir del rarísimo sujeto hermafrodita por no afectar, para bien ni para mal, al equilibrio psíquico-físico-mental de núcleo social alguno y menos, por lo tanto, al del género humano. Y no se confunda, como es muy corriente, al hermafrodita, fenómeno poseedor de las características orgánicas de los dos sexos, con la variedad bisexual, con el tipo que se siente atraído hacia los hombres afeminados y las mujeres hombrunas.

Las cuidadosas mediciones antropológicas hechas

en todo el mundo en miles de sujetos de ambos sexos, de todas las razas, comparándolas con las de tipos normales, no han podido probar que a las diferencias halladas en algunos casos corresponden las tendencias a la homosexualidad y sus peculiares reacciones afectivas. No se ha encontrado la evidencia, en fin, que en los tipos homosexuales coinciden determinadas estructuras corporales han coincidido en corto número de sujetos enfermos, y han resultado semejantes a otras de tipos normales.

Tenemos que llegar a la conclusión de que el tipo biológico homosexual no existe: hay enfermos de homosexualidad curables, como otros muchos semejantes sufren distintas enfermedades y vicios adquiridos que enferman. Los homosexuales, que fueron normales, más o menos largo tiempo, los desviaron, degeneraron y enfermaron malas costumbres, malos hábitos y vicios, repetimos, adquiridos en el ambiente que los rodea. Considerando, pues, que la homosexualidad es engendrada por factores psicológicos queda rechazado, automáticamente, que se deba a causas biológicas innatas.

Hemos afirmado, de acuerdo con la Ciencia, que entre los heterosexuales — que son los tipos normales — y los homosexuales, pocas diferencias — y ninguna en la mayoría de los casos — se encuentran en sus respectivas características congénitas. Y antes de exponer cómo se reconoce, corrientemente, a los que sufren perturbaciones sexuales, digamos que algunos psicólogos y médicos psiquiatras coinciden en señalar que son tres los tipos homosexuales: el homosexual genuino; el eunucoide o pseudo homosexual y el bisexual, que muchas personas lo confunden con el hermafrodita. Y salvo raras excepciones psicólogos y profanos los descubrimos a simple vista por su forma de andar, de hablar y de mirar, de comportarse, más fácil, pronto y seguramente que por sus estructuras corporales, por sus medidas anatómicas que, en ciertos casos, pueden confundirnos y hacernos cometer lamentables equivocaciones.

Las medidas de la estructura corporal coincidieron, al parecer, en el caso que hemos citado más arriba, verdaderamente excepcional, del «varón» Jacques hoy mujer llamada Jacqueline, recientemente casada, y que seguramente será feliz con su marido. No hay por qué creer lo contrario. En las fotografías publicadas, a Jacqueline la vemos radiante de felicidad a la que se aferrará, más fuertemente que otras mujeres, porque significa su normal vivir, tan ansiado, y por el que tanto expuso, para hacerlo posible, en tres intervenciones quirúrgicas. Predominando en su naturaleza el sexo femenino por él se determinó psicológicamente pidiendo y permitiendo que extirparan lo anormal de aquélla favoreciendo al sexo que, en adelante, la distinguiría, absolutamente, del varón.

Constatamos que aun en los rarísimos casos de anormalidad orgánica heredada, como el que acabamos de comentar, la tendencia biológica y psicológica del sujeto es poseer, física y morfológicamente, una sola condición humana: ser mujer u hombre, pertenecer a uno u a otro sexo comple-

tamente, y no a medias, aunque corra el riesgo de serle peligrosa la maternidad, si opta por ser mujer, o se vea imposibilitado, el hombre, de realizar la función sexual. En este último caso significaría impotencia y no otra cosa, pero también curable en casi todos los casos.

Distinto al de la señora Jacqueline es el caso del homosexual de Londres atendido, en la última etapa de su curación, por el doctor Brasil Jones y colaboradores. El paciente declaró que sufría esta enfermedad desde los dieciocho años de edad, que son, precisamente, los de la indeterminación sexual. Al período de reacciones afectivas, que ocurren desde la niñez a la pubertad, cuando la libido es imprecisa, no puede llamarse tendencia biológica a la homosexualidad. Sin embargo, dado el ambiente viciado que respiramos por doquier, que malea a los individuos, puede arrastrarlos a ésta. He aquí la necesidad de la higiene psíquica y mental desde temprana edad para favorecer el desarrollo normal de la peculiar sensibilidad sexual de cada individuo humano.

« Vale más prevenir que curar ». Hay que pasar por encima de toda clase de mojigaterías, y evitar se constituya una entidad morbosa, un anormal estado psicológico que engendre desviación sexual que puede producir honda y grave psicosis difícil de curar.

Es la evidencia misma: si las perturbaciones que producen la desviación de la libido en el sujeto éste las adquiere quiere decir que es posible desarraigarlas, que el homosexual no es un tipo intermedio entre los sexos, que las tendencias inadvertidas puede el mismo sujeto eliminarlas y más, seguramente, si cuenta con la ayuda del psicoterapeuta.

La experiencia de Londres y miles de otras experiencias más complejas, que han necesitado más largos estudios y tratamientos, y a las que no se ha dado tanta publicidad — porque los psicólogos y psiquiatras especializados son más responsables y discretos — demuestran que cuando el paciente coopera en la curación logra el ajuste heterosexual aunque haya tenido — que es el peor de los casos — inclinación biológica a la homosexualidad como es probable la tuviera Jacqueline más o menos tiempo. No podemos asegurarlo, porque nada han dicho al respecto los informes periodísticos, pero lo consideramos posible. Lo importante es constatar que todos los homosexuales pueden dejar de serlo, y acabar con la secuela tirana de anomalías psíquicas y físicas que, un tiempo, les produjeron goces enfermizos, anormales.

Todo coincide en negar que la enfermedad homosexual, de cualquier tipo, sea de origen constitucional o endocrinológico. Lo prueban las estadísticas y experiencias que tenemos a la vista, que sería prolijo transcribir, y también la higiene psíquica mental aplicándola tempranamente, a los seres humanos, de ambos sexos, asegura el normal desarrollo de sus respectivas inclinaciones sexuales.

Por otra parte, la homosexualidad no es sinónimo de delincuencia y de criminalidad como dan a

entender los Códigos Penales de algunos Estados que la condenan por sí misma, persiguiendo a los homosexuales como si fueran delincuentes natos. Además de ser falso mejor sería que organizaran más centros psicoterapéuticos, de higiene mental, para curarlos — a éstos y a otros tipos de enfermos mentales — porque ganaríamos elementos útiles para la vida social. Con la persecución despiadada, sistemática y castigos o condenas a prisión que sufren los homosexuales en ciertos países se obtienen los peores resultados: aumentan los focos de degeneración sexual, de inmoralidad, podemos decir rabiosa, de vicio clandestino que exige ser mejor pagado por los riesgos que se corren, como sucedió en los EE. UU. — con las debidas proporciones en cada caso — al imponer, en 1920, la «Ley seca», que tuvieron que suprimirla en 1933, porque en vez de reprimir el alcoholismo sirvió para aumentarlo y creció el bandidaje y el crimen.

Lo cierto es que los turbios impulsos sexuales de las gentes sin moral, pervertidos, con cartera más o menos llena de dinero, que pululan por los medios del homosexualismo sitúa al homosexual en una encrucijada peligrosa. Por el hecho de serlo no tiene tendencias propias del delincuente y menos las criminógenas. En ese medio se malea más y más y comprendemos que, en momentos dados, relajados los frenos inhibitorios, ansiando independizarse y reducir el tiempo que sufre humillaciones mil, sintiéndose desventurado en exceso, víctima de ricos viciosos, de impotentes obscenos, de depravados y depredadores sin escrúpulos, etc., es arrastrado a la delincuencia y al crimen.

No nos detenemos a determinar el grado de culpabilidad del homosexual que delinque por considerarlo en cierto modo, un irresponsable, un enfermo mental necesitado de la ayuda de la sociedad que, por el contrario, hoy lo empuja a delinquir favoreciendo el desarrollo del medio que origina y agrava su enfermedad, como tantas otras plagas permanentes de origen social y psicológico. ¿Qué pena merece la sociedad que lanza al sujeto a la corriente de las malas costumbres, de las degeneraciones funcionales y psíquicas de toda clase, de las inversiones y perversiones sexuales, de las anomalías cualitativas de los sexos?

Es evidente la responsabilidad directa y total de la sociedad autoritaria en todas las inmoralidades que existen en su seno. No pueden ocultarlas las plumas a sueldo ni los bienintencionados — o timoratos — periodistas y escritores especializados en temas científicos que consideran al homosexual seguro candidato a la delincuencia, como si entre sus inclinaciones morbosas contara — siendo falso — la tendencia innata al latrocinio y al crimen. Cabe que ignoren o no quieran tener en cuenta que en el sujeto influyen con complejo de factores ambientales, económicos y sociales, y de fuerzas bioculturales muy profundas que son las que dan origen a sus diversos trastornos neurofuncionales.

Prensa y libros, con mal contenido, todas las malas lecturas y los peores ejemplos de los que nos rodean, el alcoholismo, la prostitución, la pobreza

y la miseria impuestas por las clases privilegiadas, la televisión, el cine y la radio con sus programas mal sanos, etc., contribuyen a arrastrar a muchos sujetos a la delincuencia y a la criminalidad.

La mayoría de nuestros semejantes podrían ser sujetos normales, equilibrados, si desapareciera la injusta organización social que fabrica los ricos y los pobres fabricando también, al mismo tiempo, los delincuentes y asesinos entre los ricos para ser más ricos, y entre los pobres — educados para ambicionar el poder y el dinero — para ser menos pobres. Y los viciosos, hombres y mujeres, roban y matan para satisfacer los vicios que la misma sociedad fomenta.

En el actual mundo autoritario todos somos más o menos delincuentes, y estamos propensos a serlo en tal grado, llegando a la criminalidad, forzados por los sistemas de vida que aquél impone a los hombres. A todos los obliga a que despojen cuanto puedan al prójimo. Y muchos lo hacen despiadadamente.

El foco de los homosexuales es uno de los menores entre los grandes focos de la delincuencia y del crimen organizados que existen por doquier atizados por las instituciones estatales que dirigen la vida política, social, económica y cultural de los pueblos en todo el orbe. Dentro del cuadro, o de los límites que establecen, llamados leyes, se permiten los más gigantescos latrocinios y crímenes. Si los sujetos desheredados por no poder «invertir» para depredar en gran escala, faltos de voluntad para encontrar mejores caminos, o perseguidos por mil desgracias, se colocan fuera de las leyes de explotación y dominación estatuidas, son perseguidos, procesados y encarcelados. En realidad sufren el rigor de las leyes que proclaman la injusticia vigente acusados de no realizar los despojos del modo que aquéllas lo determinan, de forma cruel, porque a sabiendas dañan y matan: arrebatando el fruto del trabajo a los trabajadores, a los verdaderos productores de las riquezas, de todos los bienes que éstos no disfrutan ni para satisfacer sus más primordiales necesidades mientras las despilfarran los detentadores de las mismas.

Combatimos la homosexualidad y defendemos al enfermo homosexual que la sociedad tiene el deber de salvar — como a tantos otros viciosos y enfermos de origen social y psicológico — eliminando las causas que lo producen. ¿Por qué dejarse engañar las personas inteligentes y buenas porque simulen combatir minúsculos efectos cuando las causas, entrañas mismas de la sociedad autoritaria, permanecen y se alimentan, multiplicando los mayúsculos malos efectos, cada día que pasa más peligrosos para la supervivencia misma de la especie humana?

En no importa qué sentido o dirección dirigimos las miradas vemos que «razones» comerciales antihumanas, antibiológicas y antisociales sostenidas por la fuerza por todos los regímenes autoritarios, son las fuentes de las injusticias y de las inmo-

talidades, hasta de los conflictos bélicos entre Estados bajo cualquier pretexto, mintiendo ideales de libertad cuando son provocados por extender las áreas de dominación económica. Y para hacer posibles guerras deshumanizan a los seres humanos desde la más tierna infancia, formando en ellos hábitos belicistas, sentimientos patrióticos y militaristas, destructivos.

Observando y estudiando el panorama político-social universal los libertarios comprendemos y sentimos, hondamente, la necesidad de echar abajo todas las estructuras autoritarias, todas las formas de explotación y dominación del hombre por el hombre, que desequilibran a los individuos y a las sociedades humanas.

Es preciso constituir formas de convivencia social equitativas, justas y libres en las que no sea posible comerciar con las mismas miserias fisiológicas de nuestros semejantes desheredados, con la vida y con la muerte; en las que el comercio con cuerpos y conciencias de hombres y mujeres, de los más diversos e inmorales modos, inventados en este mundo que todo lo declara comerciable, hasta los sexos, y lo más noble que pueda concebirse, no sea realizable; en las que, en fin, la condición humana, moral y social, se supere más y más sin restricciones perjudiciales, en bien general de la comunidad, sin exceptuar a uno siquiera de sus miembros: de los intereses psicológicos y biológicos del género humano que defendemos los libertarios frente a los intereses mezquinos, miserables, de facción, de grupo, de religión o Estado cualquiera, de clases privilegiadas que embrutecidas por egocentrismo brutal llegan, en la insana invención de vicios y deleites perversos, a favorecer el cultivo y aumento de la homosexualidad.

La mala cultura y la civilización podridas por el principio de autoridad — que se manifiesta con máxima virulencia, en su mayor grado biológico de desarrollo político, en dictaduras como la de Kruschév, apoyado por el «Partido del Crimen», mal llamado comunista, o la de Franco, sostenida por el «Partido Iglesia Católica» y el Tío Sam, etc. — hemos de extirparlas de las sociedades humanas, porque sólo pueden producir malos frutos que corrompen a los hombres. Por más que desechen algunos, ocultándolos en el fondo de oscuros calabozos o «eliminandolos» después de haberlos expuesto a la picota pública, por sus Tribunales cómplices, para simular que los repudian y persiguen depurar el medio social, continuarán abundando y aumentando «los productos» malos de la autoridad, del árbol del mal creado por la imaginación inhumana, perversa y destructiva. Siendo invento del hombre de éste mismo depende extirparlo de su mente hasta las más profundas raíces enfermas, que lo enferman de autoritarismo y de mil distintas enfermedades sociales y psíquicas desarraigables para siempre. Mientras no lo destruyamos totalmente no será posible iniciar la buena cultura y la vida sana, libre y feliz de los individuos humanos de todos los pueblos del planeta Tierra.

FLOREAL OCANA

Luminosidad en la Sombra



PERSECUCION de los cristianos por figuras tan crueles que parecen míticas. Déjense de abstrusas teologías. Cristo crucificado en el Gólgota espera a la Humanidad con los brazos abiertos: sus puertas. El que ignora a qué vino Cristo al mundo lo confunde con un espantajo y no le ama. La familia del Redentor es esencia.

A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, conviene al justo: el justo quiere su parte, mas no la del león.

Desgracia grande para el pobre es que su igual llegue a rico: el dinero disminuye la memoria y aumenta la avaricia.

Quizá los fastos del cristianismo son tan censurables como los del paganismo.

No se explote más a Cristo y desclávesele de la cruz, que hora es ya.

El joven rico que no quiso seguir a Jesús tiene adeptos significados, muy significados en todas partes, entre quienes menos sería de esperar.

Si Cristo presintiera que sus pasos se convertirían en oro, tal vez se habría amputado los pies.

Toda sustancia religiosa tendente a modernizar, a «civilizar» a Cristo, es contraria a su doctrina y por tanto herética.

¿Quiénes se han apartado del *statu quo* de los principios doctrinales, los ortodoxos o los heterodoxos? Verdaderamente, los heterodoxos se han mantenido dentro de la tradición y no han dado un paso adelante contra ella.

Según Han Ryner, por orden de los poderosos o pagándoles bien, los jueces declararían que Abel mató a Cain. Y que Pilatos es la víctima de Jesús nazareno, agregó yo.

Católico quiere decir universal. Ninguna aceptación de esta palabra guarda relación con Cristo: es el marbete que han puesto a una mercancía más material que espiritual los civilizadores de Jesús de Nazaret y trastrocadores de su doctrina.

Aunque a Cristo viniendo al mundo le horrorizasen las riquezas de la Iglesia, no por eso los que las detentan y disfrutan renunciarían a ellas. ¡Qué! Muchos santos exornados de oro y pedrería no estarían con su permiso en altares y si les valiera apedrarían con las alhajas o las echarían a la repuña. Se me ocurre preguntar: ¿Por ventura tuvo la primitiva Iglesia camisa que poner?

¿Para qué si no para morir hemos nacido? Lo que esto tiene de natural tiene de injusto. Y ya que así es, la muerte debía ocurrir por sorpresa, sin dolor, con el espacio por cementerio.

••

Mayo es un libro de rosas. En cada página de este precioso libro gorjea un pájaro. Conforme irrumpen los batallones de golondrinas, la Muerte

deja el campo libre a la Vida. ¿Conocen las golondrinas la tristeza? ¿Por qué, pues, llevan luto? Por los sin vocación de suicidio que se suicidan. La cigüeña se pone a hispir el nido después de reforzarlo. Se pueblan los jardines de colorinescas mariposas. La mariposa — dice Madariaga — es un relámpago de belleza. Cesan los disturbios invernales que dificultaban la marcha del tren. La bola da vueltas con mayor celeridad, teniendo por ápice el vivificante estío... ¿Cuál será después, el ápice? No importa, las estaciones son altos transitorios en el camino de la eternidad: Ya que llorando aparecemos aquí, aprendamos a desaparecer con alegría, luego de sembrarnos.



«Es curioso — dice Ortega y Gasset — que quien siente menos apetitos vitales y percibe la existencia como una angustia omnimoda según suele acaecer al hombre moderno, supedita todo a no perder la vida. La moral de la modernidad ha cultivado una arbitraria sensiblería en virtud de la cual todo era preferible a morir. ¿Por qué, si la vida es tan mala? Por otra parte, el valor supremo de la vida — como el valor de la moneda consiste en gastarla — está en perderla a tiempo y con gracia. De otro modo, la vida que no se pone a carta ninguna y meramente se arrastra y prolonga en el vacío de sí misma, ¿qué puede valer? ¿Va a ser nuestro ideal la organización del planeta como un inmenso hospital y una gigantesca clínica? Seamos poetas de la existencia que saben hallar a su vida la rima exacta en una muerte inspirada.»



No hagamos demagogia alrededor de los muertos, por más que éstos sean de nuestra nidada. La muerte del mártir es para aprender a ser mártir, y para aprenderlo hasta del verdugo, que es otro mártir.

Lo que llevan de uno a enterrar es escoria y no se concibe que por miserables despojos se lllore sin consuelo. Intacto se retira de nosotros lo perdurable, más fuerte que la muerte. Esto es abeja que obra con las alas (una chispa, una gema, una gota de sol), y mientras humanamente anida, construye alcázares de miel.

Los mártires están siempre presentes porque son historia heroica y tienen la conciencia universal por tumba. Lirios de la flora humana que huelen a holocausto.

Se puede sondear el océano, el heroísmo no. «Todo héroe — ha dicho Gracián — participó tanto de felicidad y de grandeza, cuanto de virtud,

Galería de hombres ilustres

Henry Stephens Salt

El interés de los amigos de Thoreau en Henry Salt reside natural y principalmente en el hecho de que escribió una biografía, puede añadirse, que es aún mirada por muchos como el mejor relato sobre Thoreau considerado como un hombre que tenía algo que decir a sus conciudadanos en la importante cuestión de si sus vidas debían ser tan desesperadas como eran.

No es difícil el ver porqué Salt se sintió tan profundamente atraído por Thoreau y sus escritos, hasta el punto de emprender la tarea de publicar la vida de un autor entonces tan poco conocido y leído en Inglaterra.

El hecho es que los dos hombres tenían marcas de similitudes de carácter, perspectivas y conceptos, y lo que es bastante extraño en los medios que disponían para el logro de sus fines. Salt, como Thoreau, se había graduado en una universidad, enseñó en una escuela y cuando aparentemente estaba bien colocado para una exitosa vida académica, confortablemente protegido del rudo mundo exterior, encontrándose en desagrado con el sistema educacional vigente, con su característica negación a todo compromiso, dimitió su puesto en Eton, yéndose a vivir con su esposa a una pequeña finca de campo en Surrey, para proseguir allí su inclinación literaria y social y desde entonces y hasta el fin de su vida, vivir en casi humildes circunstancias comparadas con las condiciones del mundo exterior.

Mental e intelectualmente, también, y aquí hemos de ver otro parecido en ambas, Salt gozó con la compañía y amistad de los más notables escritores y pensadores de su día, incluyendo Shaw, Edward Carpenter y W. H. Hudson y, como secretario por muchos años de la Liga Humanitaria, conoció y tuvo el amistoso apoyo de Russell Wallace, Thomas Hardy, George Meredith, G. K. Chesterton y muchos otros escritores y pensadores. Más que no importa que, Salt era un hombre de letras, y cuando dejó Eton a la edad de 33 años, deliberadamente se dedicó a la profesión de escritor, logrando, como sus muchas publicaciones lo prueban, considerable habilidad en la expresión lúcida.

porque corren paralelas desde el nacer al morir.» La tierra no tiene suficiente capacidad para un solo héroe, de aquí que éste se espacie en el espacio, su patria. ¡Y lloramos a los que se van a vivir a las estrellas! ¡Y vamos al cenicero de sus cenizas a prometerles! ¡Y les llevamos flores siendo ellos inagotable vivero!

Nuestra vida y nuestra muerte es estar en viaje, como la vida y la muerte de todo. Y esto es lo único que no miente.

PUYOL

Además de su biografía de Thoreau, sus escritos incluyen una excelente biografía de Shelley «Poeta y Pionero», vidas de Richard Jeffries, James Thompson (B. V.), el escritor de la «Ciudad de medros anoche», De Quincey y otros. «Setenta años entre los salvajes» parece algo así como un tratado de antropología, pero, como escribió el crítico de «The Times»: «Entre esos salvajes, amable lector, nos encontramos usted y yo». El libro es virtualmente una autobiografía escrita después que alcanzó los setenta años de edad. Otros trabajos suyos con las traducciones que hizo de Lucrecio y de «La Eneida» de Virgilio; y sus ensayos «Memorias de Bygone Eton», «Derechos animales», «La lógica del vegetarianismo» y, escrito casi al fin de su vida, «El Credo del parentesco». Este último puede decirse que resumía la madurez en las ideas y las consideraciones de Salt, con toda certidumbre. Una alocución que fue leída en su funeral y que él había escrito para tal propósito, contiene lo siguiente: «Y cuando digo que he de morir como he vivido, racionalista, socialista, pacifista y humanitarista, debo expresar claramente mi pensamiento. Soy completamente incrédulo en la presente establecida religión; pero tengo una firme fe espiritual propiamente mía — un Credo de Hermandad, como yo lo llamo —, una creencia en los años que vendrán, habrá un reconocimiento de la Fraternidad entre los hombres, entre los países, entre los humanos y los que aún no lo son, que transformará nuestro estado semisalvaje en que vivimos, en una vida de verdadera civilización.»

Poca duda puede haber de que la reputación literaria de Salt sufrió debido a que se tuvo que limitar a algunas causas particulares, tales como el socialismo y el humanitarismo. Pero lo hizo debido a la urgencia que tenía por ellas, pero en su naturaleza no cabía el compromiso. Thoreau dice: «Ninguna manera de pensar o de accionar, por muy antigua que sea, debe sin pruebas creerse al pie de la letra», y Salt examinaba a conciencia todos los innumerables y venerables aspectos del pensamiento.

Ninguna nota sobre Salt sería completa sin poner un énfasis sobre su fino humor, fuente inagotable de delicias para quienes lo visitaban. Una vez que nosotros fuimos a verlo cuando tenía 85 años, nos relató cómo, muy temprano aquel día había tenido la visita anual del representante comercial, quien debía pagarle su anualidad, añadiendo: «El buen hombre, que era joven, trató de esconderme su descontento al ver que aún vivía.» En sus últimos años, hacía constantes referencias a que ya había pasado su tiempo y que se había vuelto una carga para todos sus amigos, y una vez humorísticamente nos sugirió que debíamos arreglarle una eutanasia, añadiendo lastimeramen-

te que «por cierto nada mata la vitalidad de la sal (salt).» De nuevo, cuando discutíamos la justificación de su título «Setenta años entre los salvajes», decía: «Pero, me supongo que tengo razones para estar agradecido, pues no llegaron éstos a practicar el canibalismo.»

Salt nunca se cansaba de discutir a Thoreau, tratando de lograr la significación esencial de sus escritos, y un ejemplo de su constante modestia era que solía preguntar o prestar toda su atención a opiniones sobre puntos en los cuales era claramente mucho más competente para juzgar que sus amigos.

Henry Stephens Salt nació en la India en 1851, hijo de un coronel de artillería. Traído cuando niño a Inglaterra, estudió en Eton y más tarde en Cambridge, en donde obtuvo el primer premio en los exámenes de 1875 y una medalla de oro por los epigramas griegos. Que era un notable erudito puede verse en su nombramiento para ocupar una cátedra en Eton, y no hay duda de que hubiera ido lejos en la carrera académica si hubiera preferido quedarse en ella. Murió el 19 de abril de 1939.

Consciente naturalmente de sus privilegios de nacimiento, educación e intelectuales asociaciones, no había en él, el menor sentido de superioridad: muy temprano abrazó la entonces impopular causa del socialismo libre, siendo uno de los primeros miembros de la Federación Social Democrática. No se vestía como un «contador» y no podía ser inducido a que se pusiera un traje especial para tal o cual ocasión. En un tiempo, cuando tantos de nuestros obreros sin trabajo, recibían una paga semanal del Ministerio del Trabajo debido a la ley de los seguros, y eran objeto de las bromas de nuestra prensa como «suplicadores de limosnas», a menudo nos decía que él siempre había estado en la necesidad, pues nunca había tenido una fuente de recursos regular.

Un momento de completa satisfacción en su vida fue cuando al lado de Salt en una plataforma, Gandhi relató ante numeroso auditorio reunido bajo los auspicios de la Sociedad Vegetariana de Londres, cómo cuando era un joven estudiante en Londres había sido influenciado por un libro escrito por Salt, para en lo sucesivo tomar una decisión en la futura dieta. Fue a través de otro pequeño libro publicado por Salt cuando Gandhi por primera vez conoció la existencia del ensayo de Thoreau «Desobediencia civil», que tanto influen-

ció al gran campeón de la libertad de la India en su movimiento de resistencia.

Salt era un hombre de mucha cultura, cordura y encanto, y una persona tan amistosa que era un placer hacer frecuentes viajes de Londres a Brighton para ver a Henry Salt, aun en los últimos momentos de su vida, cuando se sentía enfermo y débil, entre los recuerdos más queridos de su vida.

JOHN DAVIES

(Trad. V. Muñoz)

NOTA DEL TRADUCTOR. — Mr. Davies era uno de los amigos íntimos de Salt en el último periodo de su vida. Joseph Ishill, el artista libertario animador de la «Oriole Press», publicó cuarenta y una cartas de Salt con el título: «Un grupo de cartas inéditas escritas por Henry Salt a Joseph Ishill», en 1942. Extractamos a continuación el tributo que le envió Salt para su libro sobre los hermanos Elías y Eliseo Reclus, publicado por Ishill en 1927; extraído precisamente de su libro «Setenta años entre los salvajes»:

«UN HOMBRE DE MULTIPLE GENIO

«El conde Tolstoi, no hay que decirlo, simpatizaba completamente con nosotros, lo mismo que aquel múltiple hombre de genio que fue Eliseo Reclus. Famoso como geógrafo, filósofo y revolucionario, estando uno tentado de resumirlo con el vocablo «poeta», pues aunque no escribió en verso, era un gran maestro del lenguaje, no sobrepasado en la lucidez del pensamiento y en la serena belleza del espíritu. Era un vegetariano, y sus creencias al efecto están detalladas en un luminoso ensayo que nos escribió para la Liga Humanitarista. Muy hermoso, también, es su artículo sobre «La Gran Hermandad», meritoriamente traducido al inglés por Edward Carpenter, en el cual relataba a las primitivas relaciones de la humanidad en sus más lejanas razas, filosofando sobre las más maravillosas posibilidades del futuro. Sus conceptos anarquistas lo prevenían contra toda unión a cualquier organización que practicara la acción legislativa; pero su ayuda era aportada libremente. «Le envío mi pequeña suscripción» — me escribió — sin prometer que le he de pagar en el futuro, no sabiendo de antemano si el año próximo podré tener estos céntimos para hacerlo, pues soy pobre.» Solamente vi una vez a Eliseo Reclus, fue en ocasión de un mitin anarquista en el que tomó parte, impresionándome de tal manera que creí que era bien él el Gran Anciano sin par ni rival; nunca habiendo yo visto en parte alguna tal energía magnífica y tal entusiasmo, combinados con semejantes dones maravillosamente intelectuales.»



LA VIDA Y LOS LIBROS

LANARCHISME (El Anarquismo), por Henri Arvon, Colección *Que sais-je?* núm. 479 de las «Presses Universitaires de France», segunda edición, 1959. — Es éste un librito que había querido leer hace tiempo, pero que hasta ahora no he podido procurármelo. El hecho de hallarse comprendido en la valiosa colección precitada, que pretende ser «de point des connaissances actuelles» (el punto de los conocimientos actuales), le daba un sello de garantía. Tras su lectura dáse uno cuenta de que se halla ante la «encuesta» (enquête) de un universitario joven, influenciado un tanto por el existencialismo y por el marxismo, a caballo sobre el aspecto hegeliano de la filosofía alemana.

Desde luego, su encuesta es algo más legible que la que hizo el juez alemán Elztbacher y rotulada en una traducción castellana «El Anarquismo según sus más ilustres representantes». Sin embargo, mejor hubiera sido que la titulase «La Influencia del hegelianismo en el anarquismo». La imagen que ofrece del anarquismo es hartito limitada y la idea que sugiere como que el anarquismo es un fenómeno histórico sobrepasado por la realidad social (o socialista, según su tesis), cuyos últimos resplandores ocurrieron en las postrimerías de los tiempos que precedieron a la Primera Guerra Mundial, es relativa y no absoluta. Dice que si se le objetase que el anarquismo está lejos de haber muerto, respondería que «sus pocas manifestaciones literarias o filosóficas actuales nos hacen pensar en los últimos brotes de un tronco en donde la savia solamente asciende muy parsimoniosamente.» Arvon, parece no haber captado la idea matriz de la obra reclusiana (que cita), *Evolución, Revolución y el Ideal Anarquista*. Basándonos en ella, nuestra época regresiva no es concluyente en cuanto a un ocaso del anarquismo. El escritor libre Fontaura, estudiando el fenómeno («La mística del anarquismo», CENIT núm. 133, enero 1962) y adentrándose precisamente en el existencialismo de Karl Jaspers, concluye a nuestra manera de ver, acertadamente: «Y pese a las prosaicas características de nuestra época, no obstante el atravesar circunstancias adversas, la Historia ha ofrecido siempre sorpresas. Cabe que llegue una fase evolutiva, que la alcancemos aún nosotros, o vivida por quienes nos sucedan, donde la mística del anarquismo tome un realce superior al que jamás ha tenido. ¿Quién ha de poder probar lo contrario?»

Jorge Guillermo Federico Hegel (1770-1831), fue un filósofo alemán que influenció bastante al pensamiento europeo. Creía que la mente precede a la materia, hipótesis que muchos aceptaron, mientras otros, entre los que se destaca Marx (materialismo dialéctico), optaron por lo contrario. Pues bien, en los cinco teóricos del anarquismo

que expone, Godwin, Stirner, Proudhon, Bakunin y Tolstoi, encuentra Arvon persistentes influencias de Hegel. La representación del anarquismo por las cinco personas citadas, como él mismo reconoce, es más bien limitada. Como muchos exponentes de origen europeo cae en el error de generar al anarquismo en su continente. Nettlau, primerísima voz en la materia, en «La anarquía a través de los tiempos», inicia la época del anarquismo moderno en América del Norte. Aseveración de historiadores alejados de las concepciones del anarquismo también, como Enrique de Gandia, en el complemento al «Esquema de la Historia» de Heriberto Jorge Wells. Arvon, de soslayo, afirma que Tucker fue «el padre del anarquismo americano», lo cual es un error de información. Este último en su libro *Instead of a book* (En lugar de un libro), reconoce que dicha paternidad le es atribuida a Josiah Warren, «the first American anarchist» (el primer anarquista americano), como algunos con razón lo llaman. Las teorías y las realizaciones prácticas de Warren, son dignas de colocarse en cualquier objetiva exposición del anarquismo y, anteriores a la mayoría de los precursores europeos. Conocida es también la misiva que escribió Arvon al veterano Armand, respondiendo a una indicación de éste último, sobre la omisión de su aportación al stirnerismo y al individualismo anarquista en particular.

No incluir a Kropotkin (aunque cite a libros suyos) es hacer una omisión de peso. Pues como es sabido, la obra capital de la exposición anarquista es *El Apoyo Mutuo*. Es la afirmación del sentimiento fraternal del anarquismo, frente al egoísmo imperante en la Naturaleza debido al instinto de la supervivencia (expuesto por Darwin en «El origen de las especies»).

La fase de la «propaganda por el hecho» no está en Arvon estudiada como merece. No hace el dualismo que representan aquellos hechos desesperados frente a las masacres colectivas del «arquismo» (exterminaciones bélicas, aniquilación de Hiroshima, bombas «megatonales», etc.) Dualismo que ni siquiera cita.

Aunque ve algunos vestigios de influencia anarquista en la época presente (mutualismo, cooperativismo, etc., que atribuye a Proudhon), su balance termina en desfavor hacia el anarquismo. Cree que el Estado democrático en su fase actual ha demostrado el crepúsculo anarquista. El librito, desde luego, baja el telón con algunas palabras favorables, sobre su aspecto moral: «En este momento en donde el mundo amenazado por un nivelamiento general se rebela contra la deshumanización a la que parece conducir el maquinismo, el anarquismo, en la medida en que se confunde con un individualismo sano, puede prevalecer con una actualidad renovada». Palabras

que no atenúan este fresco descolorido del anarquismo.

Creemos por nuestra parte que el anarquismo en sí (no su nombre, que es meramente vocablo, sino lo que representa), es inmortal como la inherente aspiración del ser humano hacia la libertad, entendida aquí como la absoluta soberanía de su individualidad. En el supuesto de que el último anarquista hubiera bajado a la Tierra de Hados, no por eso el anarquismo habría fenecido. Dicho lo que antecede, puede leerse este librito, aunque sea meramente a título de curiosidad.



ZAMENHOF, CREATOR OF ESPERANTO

Zamenhof, creator of Esperanto (Zamenhof, creador del Esperanto), por Marjorie Boulton, impreso por «Routledge and Kegan Paul», Londres, 1960. — Henos aquí ante la mejor « vida » del ilustre Zamenhof que, aunque la autora (ferviente joven esperantista inglesa) entienda que no se trata de la biografía « definitiva », es una realización acabada y que documenta mucho más que los escritos de Privat y otros admiradores del gran oculista polaco. Hemos mencionado la oftalmología del maestro, pues grande fue también en su profesión, al curar y cuidar sin beneficio monetario los ojos de numerosos pacientes pobres, hecho que nos es por demás simpático.

Solamente en este bello libro hemos encontrado un pequeño error que pueda subsanarse en otra edición, la carencia de una cronología, que toda obra biográfica de la altura de ésta, debería tener. Aunque como el filósofo William James creamos que importan más las ideas que las figuras, no es menos cierto que toda obra biográfica sin imágenes es algo así como lo que nos sugieren las primeras palabras del « Petit Larousse » aseverando que « un diccionario sin ejemplos es un esqueleto. Por lo tanto, esta hermosa obra va magníficamente ilustrada, incluso con facsímiles de la escritura del maestro.

«Luis Lázar Zamenhof — nos dice Marjorie —, creador del lenguaje internacional Esperanto, estudiante pionero de la psicología de las relaciones internacionales, nació el 15 de diciembre de 1850, en una pequeña habitación situada en el piso más alto de una rústica casita de madera, en el número 6 de la calle Zielona, en Bialystoc, Rusia polaca. Su padre tenía veintidós años y su madre diecinueve». Bialystoc en el curso de la reciente historia ha sido ora rusa, ora polaca. Actualmente se encuentra en Polonia. Las «democracias populares» fueron adversas al Esperanto en los primeros tiempos y, actualmente, le son favorables. Surca los mares el moderno vapor « Zamenhof » con matrícula en un puerto yugoslavo. El centenario del nacimiento del maestro fue muy celebra-

do en Polonia, etc. Murió el maestro en la ciudad de Varsovia, en el número 41 de la calle Krolewska, el 14 de abril de 1917. En esa existencia de cincuenta y ocho años, Zamenhof dio al mundo lo mejor de él mismo con sus dos ideas matrices: el Esperanto y el Homanarismo.

Vivían en su ciudad natal cuatro razas diferentes, con sus lenguajes propios. Pueblos distintos abrigados por el mismo seno de una ciudad, que no se comprendían y a menudo llegaban a la violencia por cuestiones discordantes. El joven maestro ideó entonces un idioma internacional que, en el numeroso acervo de los ensayos lingüísticos internacionales (anteriores o posteriores) es el único que en verdad ha sobrevivido. Bialystoc era, pues, una imagen del mundo en pequeño, con sus idiomas diferentes. En el mismo Esperanto, como siempre ocurre cuando un movimiento gana en extensión, pero pierde en calidad, surgieron el Ido y el Esperantido, idiomas internacionales que no han sobrevivido, aunque cuentan con algunos adeptos. El maestro, filólogo ilustre, creó asimismo una simplificación del idioma hebreo, para hacerlo más asequible a los israelitas de diferentes dialectos.

Bien conocido es el Esperanto, idioma auxiliar internacional, que de ninguna manera se opone a los lenguajes nacionales o regionales, sino que, más bien, trata de servir como vínculo idiomático entre la inmensa variedad filológica de la humanidad. El Esperanto se publicó por primera vez en 1887. Una persona puede saber Esperanto y conocer además dos o tres idiomas importantes (el inglés, aproximadamente hablado por 200 millones; el chino, por 280; el ruso, por 100, el español, por 100; el japonés, por 100; el alemán, por 100; el francés, por 70, etc.). La tesis contraria, a saber: de que hay que conocer solamente el idioma nativo y el Esperanto, nos parece errónea. El mismo Zamenhof hablaba corrientemente varios idiomas.

El Esperanto es asequible a cualquier persona de buena voluntad. Es un poco más difícil para la persona que solamente posee el idioma nativo. Los que tienen conocimientos de otros idiomas, lo aprenden con más prontitud, pues su vocabulario está compuesto por numerosas raíces provenientes de diferentes lenguajes (birdo del inglés « bird » o pájaro; tago del alemán « tag » o día; crayono del francés « crayon » o lápiz, etc.).

Aceptado por la UNESCO, organismo cultural de las Naciones Unidas, como idioma de relación, actualmente el Esperanto cuenta con numerosos partidarios. Dos son los movimientos esperantistas más importantes: la « Universala Esperanto Asocio » (Asociación Universal del Esperanto) con sede en Holanda; y la « Sennacieca Asocio Tutmonda » (Asociación Popular Internacional) con sede en Francia. Las revistas publicadas en Esperanto son numerosas, siendo una de las mejores la que edita la Asociación Universal con el título de « Esperanto ». Los libros traducidos al Esperanto son también muchos, pudiendo ya leerse en el idioma de Zamenhof, las obras más ilustres de la literatura mundial.

No olvidamos que el libro de Marjorie Boulton habrá sido recibido con inmenso placer por todos los esperantistas de lengua inglesa y, que una traducción al Esperanto no tardará, para que pueda ser leída por todos los esperantistas. Asimismo, debería ser traducido a los idiomas de gran circulación, para que en éstos se tuviera un estudio serio y cabal sobre el gran maestro y sobre

la gran belleza humanitarista que significa su creación.

Digamos para terminar que el Esperanto ha contado entre sus partidarios y adeptos a personalidades tales como León Tolstoy, el gran librepensador ruso, además de otras notables figuras del pensamiento humano.

V. MUÑOZ

LA COPA DE LA VIDA

MIS padres al nacer, me hicieron la amorosa entrega de la más bella copa de la vida. La llenaba, hasta rebosar, el licor generoso de la vida, que tenía yo que apurar en mis jornadas de paso por la tierra.

Aquel elixir había sido destilado en el alambique del amor y contenía las esencias de la Bondad, de la Belleza y del Trabajo.

En mis primeros pasos por la senda sin abrojos de la vida, bebí con ansia loca de aquella copa, y mi infancia se deslizó en el juego, como un torrente de alegría.

Ninguna nube empañaba el cielo azul de mi existencia, y el amor maternal me cobijaba con sus alas de oro.

Yo era una nota que palpitaba en las armonías naturales como la flor, el pájaro y la mariposa.

La escuela no fue para mí motivo de regocijo, sino de tristeza.

Aquel caserón sucio y destartado, donde anidaban, como telarañas gigantes, la rutina y la violencia, conturbaba mi espíritu.

Falsos educadores vertieron en copa las esencias tóxicas de una patria que divide a los hombres, de una falsa ciencia que justifica los privilegios y de una religión que embota el pensamiento.

¡Cuánto luché en mi juventud para conservar pura mi copa, como me había sido legada por mis progenitores!

Jamás consentí que nadie vertiera en ella los diabólicos ingredientes del amor interesado, del abuso de nuestros semejantes y del culto de la mentira.

Pero al rodar mi copa por prisiones y destierro, perdió su forma la gentileza, su contenido la transparencia, y su sabor el aroma.

A medida que pasaban los años, ya en la edad madura, mi copa se deformaba y su contenido se convertía en un filtro infernal, que si lo bebía es porque el hombre a todo se acostumbra.

Allí vertieron el odio, la envidia,

la incapacidad, la traición y la calumnia sus peores esencias.

Hasta hubo veces que tuve que esgrimir, siendo todo amor, en defensa propia y golpear con ella la frente de los malvados, que querían arrebatarla.

Hoy, en la vejez, mi copa de la vida perdió su pulimento, y el contenido se ha convertido en un bebestiario nauseabundo que aproximo a mis labios con la mayor repugnancia.

Por fortuna, ya queda poca hiel que apurar en el fondo de mi copa, y un día se desprenderá de mis trémulas manos y quedará hecha añicos en el suelo.

Entre tanto, la levanto en alto, y bebo hasta la última gota, por amarga que sea, brindando con el mayor entusiasmo por el triunfo de la Anarquía entre los hombres.

Al nacer, jóvenes queridos, os entregaron vuestros padres la bella copa de la Vida, el único tesoro real que poseéis. Conservad puro su contenido y evitad que manos extrañas lo adulteren, vertiendo en ella las esencias de la explotación y de la tiranía. Sólo así, al final de la jornada, cuando hayáis apurado su contenido, podréis dormir tranquilos el sueño de muerte, después de haber sembrado el bien en vuestra vida.

PEDRO VALLINA

Suscripción a favor de CENIT

Aguilar A., Cugnax	4 50
Requena A., Toulouse	10 00
Jurado A., Labruguière (Tarn)	4 00
Crias P., Blou M. & L.	6 00
«Cultura Proletaria», N. Y.	240 00
Freire A., N. Y.	25 00
Barrancos, Castelsarrasin	2 00
Jiménez J., Albertville	10 96
Bernal, Toulouse	2 00

(Que cunda el ejemplo)

★

Volvemos a decir a nuestros lectores que la revista tiene vida... SI CADA LECTOR ES PUNTUAL EN LOS PAGOS.

Ya estamos en el sexto mes del año, y, aunque casi todos han pagado la suscripción, hay algunos que no.

En virtud de ello, en breve enviaremos un « Mandat-carte » completando el pago hasta el 31-12-62.

LA ADMINISTRACION

El arte de la réplica

TODOS estamos de acuerdo en reconocer la decadencia de una de las facultades más maravillosas concedidas por su Creador al ser humano: el diálogo. Cuando la humanidad desconocía esos paraísos artificiales que son el libro, el periódico, la radio, el cine, la televisión y los cócteles, los hombres y las mujeres se buscaban los ojos, los gestos, las palabras, con propósito de hallar diversión y enseñanza en el intercambio vivísimo de las ideas, las sensaciones y las impresiones personales. La dialéctica y la polémica requerían un arma buida y sutil, que sustituyera a la quijada de asno o la honda, la lanza o las flechas en las reyertas y guerras primitivas. La réplica y la contrarréplica más ágiles e intencionadas, centelleaban bajo los soles de Grecia y Roma en las ágoras, las academias y los foros, dejando para la eternidad esos monumentos de elegancia y sabiduría que son los Diálogos de Platón o de Luciano.

Andando el tiempo, los poseedores del don de la palabra, fueron inventando nuevos palenques en donde celebrar justas verbales que, sucesivamente, fueron llamándose mentideros, salones, logias, clubs, tertulias de café o casino, parlamentos y superparlamentos. El mundo conoció millones y millones de horas de conversación, de juegos de ingenio, de agudeza mental, expresadas en réplicas tajantes, que pronto se difundían fuera del círculo estricto en el que se pronunciaban, para dar fama universal a sus autores. Todavía en nuestro tiempo, los españoles hemos conocido y admirado a algunos de esos maestros en el arte del bien replicar con una frase breve —alfilerazo, estocada o greguería con carga de cinuro— a la impertinencia o la estupidez de su interlocutor.

Como todo en la vida, el arte de la réplica tiene su grandeza y su servidumbre. La primera supone la difusión admirativa de la frase, que, a veces, llega a ser absorbida y asimilada por el lenguaje popular, convirtiéndose en modismo de uso público, como aquella, bien conocida, de don Ramón del Valle-Inclán, al contestar a un policía que le reprochaba haber insultado a alguien llamándole «animal»: «¡Eso no es un insulto; es una definición!».

La servidumbre estriba, en cambio, en la facilidad con que al hombre con la máquina de su ingenio siem-



pre en movimiento, se le suelen atribuir atrocidades o groserías que jamás hubiera sido capaz de pronunciar. Al inolvidable Agustín de Foxá —a quien entre 1936 y 1946 se le colgaron cuantos sarcasmos, chistes y apodos circularon por Salamanca, Burgos, Madrid y Europa entera en aquella década —le oí muchas veces lamentarse de las ordinarietas apócrifas con que los zafios pretendían empañar el brillo de su ingenio —como en las anteriores se había hecho con el de don Jacinto Benavente—, «fabricando» frases «de Foxá» que, sin el menor escrúpulo, aseguraban haber captado directamente de sus labios. (También en una ocasión recuerdo haberle visto fingir pesadumbre por alguna que se le achacaba y que «por desgracia» —decía— no era suya.)

Ahora, ya no existen tertulias literarias en donde se acuñen espontáneamente para las antologías, réplicas como las de Valle-Inclán, Benavente y otros ilustres conversadores. De los cócteles y los bares elegantes ha desaparecido para siempre la rutilante y jocunda vivacidad del conde de Foxá. En los parlamentos y superparlamentos nacionales e internacionales, se leen ahora monótonamente los discursos, sin posibilidad de que vuelen como avispas las interrupciones y las réplicas. Todo lo más que

alguna vez se permite es golpear con un zapato en el pupitre.

El arte de la réplica está en la agonía, como consecuencia de la agonía del diálogo y de la decadencia de la palabra. Difícilmente se atrevería hoy un médico a dar a un prominentemente enfermo la réplica que el doctor bávaro Schweninger, llamado en 1883 a la cabecera del príncipe de Bismarck gravemente enfermo, dio al canciller de hierro. Ante el severo interrogatorio a que le sometía el galeno, tronó iracundo el creador del Imperio alemán: «¡No me gusta que me hagan preguntas!». A cuyo exabrupto, y sin tener en cuenta la categoría del omnipotente personaje ante quien temblaba Europa entera, respondió, sin inmutarse, el médico: «¡Pues entonces, ya puede su excelencia llamar a un veterinario, que esos nunca interrogan a sus pacientes!».

Por fortuna, aún quedan en el mundo hombres inteligentes capaces de replicar rotundamente. Hace poco, me han referido esta deliciosa réplica del gran pianista Arturo Rubinstein. Interrogado en París por un periodista, acerca de los méritos de un joven y sensacional pianista ruso, Rubinstein hizo —como siempre suele hacerlas el artista viejo y cargado de gloria del principiante que inicia el áspero camino— grandes alabanzas del nuevo «astro» musical. El reportero, comentó: «Pues él no hace los mismos elogios de usted, maestro». Rubinstein, sin pestañear ni titubear, se echó a reír y dijo: «¡Bueno...! Pero todo el mundo sabe que él y yo somos los dos mayores embusteros de la tierra».

Felipe XIMENEZ

Entre mujeres

— Mi marido, decía una mujer muy moderna, es capaz de hablar durante tres horas sobre no importa qué tema.

— ¡Ah!, pues el mío es más, respondió otra no menos moderna. El mío está cuatro sin necesidad de tema alguno.

IDEAS

sobre

educación

XII

LA EDUCACION CORTESANA

OTRO aspecto de la educación en estos tiempos se manifiesta cuando las clases llamadas superiores, que acostumbraban a mandar a sus hijos a las escuelas de humanidades, debido al abismo que abren las luchas sociales y religiosas entre los nobles y los pudientes de una parte y la clase media y más humilde de otra, se produce la necesidad para los primeros de una clase de educación que forme a los jóvenes aristócratas para el servicio y deberes del Estado y de la Corte.

Para hallar modelos de estas ideas no tenía que inventarse nada, pues retrocediendo en el tiempo unos pasos hacia atrás encontrarían el patrón de ellas en las escuelas del Renacimiento italiano y más reciente aún en muchos libros publicados en toda Europa sobre la educación de príncipes, etc. Hallados los medios que conducirían al fin propuesto, la juventud sería educada bien en casa por tutores particulares o en academias especiales para la nobleza, las cuales tomarían incremento considerable particularmente en Alemania y en Francia. A cargo de la educación de niños de alto abolengo podía contarse a hombres de inmensas cualidades e influencia en el mundo de las letras. En Alemania Leibnitz dirige la educación y estudios del hijo del Barón von Beyneburg; Bossuet y Fenelón en Francia son tutores de dos hijos de Louis XIV; J. Luis Vives y R. Ascham en Inglaterra se encargarían de la educación de las que llegarían a ser reinas María e Isabel respectivamente, y más tarde Milton mismo escribiría sobre educación en este sentido y el gran filósofo J. Locke haría de tutor del hijo de Lord Shaftesbury.

En Inglaterra, con la Guerra Civil se cortaron los vuelos de la aristocracia, creándose un ambiente de oposición a la creación de las academias, y en Alemania, convencidos los nobles de su nada refinada educación y costumbres, aceptaban sin mayor resistencia lo que en buenas maneras pudiera llegarles de otros sitios. En este respecto la Corte de Francia fue ganando fuerza en pompa y lujo y poco a poco se convertía en el centro de estas corrientes de educación. La Corte de Luis XIV llegó a adquirir en toda Europa una indiscutida preeminencia y sin lugar a dudas era



guiendo la corriente de la época murió en la agitación y cambios de finales del siglo XVIII.

la que marcaba la pauta intelectual y social de toda la nobleza europea. A París y a Versailles varíanse llegar jóvenes nobles de todos los confines del mundo, acompañados de tutores y guardianes, a aprender las buenas maneras y el refinado conocimiento de la vida al contacto de la nobleza francesa para volver a casa con las costumbres e ideas adquiridas del caballero ideal.

Pero a pesar de que la base de esta educación podíamos hallarla en estudios anteriores a esta época esto no quiere decir que la nueva formación de la nobleza, tanto si tenía lugar bajo el sistema tutorial como bajo el académico, fuera un remedo de la anterior. Los tiempos imponían a la nobleza un mayor esfuerzo de acción que le preparara la vida pública y el servicio del país, más bien que los programas anteriores que le llevaron a una vida académica. Para ello los cursos de estudios habían de sufrir ciertas alteraciones, empezando por las lenguas clásicas, las cuales si no serían abolidas de los programas sí serían estudiadas de forma más bien de adorno o como para aquéllos que no tenían porqué escribir o expresarse en ellas. En puesto de éstas se alzarían los estudios de las lenguas modernas así como el de sus literaturas, llegando a hacerse casi cosmopolita el idioma francés. La filosofía escolástica, sería reemplazada por la filosofía cartesiana, y el viejo cuadrivium sería reemplazado por el estudio de las matemáticas y de las ciencias aplicadas al sentido práctico de la vida, prestándosele gran atención a la geografía, las leyes, la política y la historia como elementos necesarios y de sumo interés en la organización social. Una educación con todos los elementos que podían producir al humanista, con las ventajas de un entrenamiento en el arte de las buenas maneras, en toda clase de juegos que podían contribuir al robustecimiento del cuerpo en una vida de actividad, tales como el baile, la caza, el tennís, la esgrima, etc., pero que no obstante su un tanto marcada flexibilidad si-

De los hombres que actuaron como tutores y escribieron sobre educación, François de Salignac de la Mothe Fenelón, merece especial atención y por ello el que nos ocupemos de algunos de sus escritos. Fenelón (1651-1715) pertenecía a una familia noble francesa de la que muchos de sus miembros se habían dedicado al servicio de la Iglesia y del Estado. El, como sacerdote, fue nombrado director de una hermandad femenina que llegó a establecerse en París a fin de ganar las chicas de los hugonotes para la causa del catolicismo. Su actividad en este sentido movió a la duquesa de Beauvilliers a pedirle consejos sobre la educación de sus hijas. Como respuesta a esta demanda escribió su obra « Sobre la educación de las niñas ». Más tarde, al ser publicado este trabajo y llegar a conocimiento de Luis XIV, éste le encomendaría la educación de su nieto, el duque de Borgoña. Dicen que el nieto de Luis XIV era de un temperamento brusco y violento, sin admitir la menor oposición a sus caprichos, pero con el cuidadoso trato y ejemplos de Fenelón llegó a ser una criatura agradable, humilde y austera y hasta con un desinterés marcado en la vida de la Corte.

Por medio de la educación Fenelón se proponía, a través del discípulo real, hacer cambiar las costumbres no sólo de la corte francesa sino la de todo el reino. El método empleado en la enseñanza del duque fue descrito en su libro « Sobre la educación de las niñas » y como complemento a éste escribió el eximio tutor sus « Fábulas », « Diálogos de la Muerte » y el « Telémaco ». La publicación de este último libro con sus ideas sobre el Estado y otras antipatías que le trajeran la actitud del autor frente a las ideas teológicas de la época, le llevó a perder el apoyo real y el título de preceptor de los niños franceses que le había sido conferido anteriormente, teniendo que retirarse a su arzobispado a pasar el resto de su vida.

Fenelón no tenía ideas muy elevadas de la mujer, pues no tenía fe en las mujeres de letras creyendo que la mujer no necesitaba muchos de los conocimientos que posee el hombre, ya que ellas no tienen que hacer la guerra, entrar en las órdenes sagradas, formar parte del Estado; por lo que podía pasarse sin la filosofía, ciencias políticas, teología, etc. « Es bastante si un día ellas son capaces de gobernar una casa y obedecer a sus maridos sin discutir ». Pero mantenerla en la ignorancia es tanto como dejarla en la ociosidad continua por no saber ocupar su tiempo, lo cual redundaría en perjuicio tanto moral como mental. Su actitud y conocimiento psicológico de la mujer no es superior a lo común de su tiempo, si bien el ocuparse de la educación de la mujer ya era un gran atrevimiento cuando las ideas sobre la educación de la mujer que florecieran años antes se habían olvidado y cuando las muchachas recibían una educación muy limitada.

« Ellas desean saber, dice Fenelón, lo que se ha dicho y lo que se sabe. Ellas quieren que se les diga todo para volverlo a decir otra vez. Ellas son vanas y su vanidad las hace locuaces. Ellas son

frívolas y su frivolidad les impide la reflexión que a menudo les retendría la lengua. »

Como remedio a esta debilidad femenina Fenelón propone una enseñanza sólida apropiada a su sexo con religión, lectura, aritmética y escritura; música y pintura y una preparación fuerte en los asuntos domésticos. En las cuestiones generales sobre educación nuestro autor define sus puntos de vista con más lógica por abarcar conceptos que grandes educadores antes que él expusieron o aceptaron y que hasta estos momentos son debatidos con más o menos calor. Consideraba que era necesario que los chicos empezaran su educación en sus primeros años, incluso antes de que pudieran hablar debidamente, pues el cerebro de éstos es muy blando y recogen las impresiones con mucha facilidad. Al aprender a hablar no sólo confían un gran número de palabras a la memoria, sino que al mismo tiempo van sacando ideas del sentido de las mismas. Da gran importancia a la influencia que puedan ejercer sobre el niño las personas que le rodean y por tanto aquí debe prestar bastante atención el que esté a cargo de su educación.

El empezar la educación a una edad temprana no significa para Fenelón el que desde un principio se haya que ir a atiborrar al pequeño con las disciplinas impropias de su edad y fuera del alcance de su inteligencia, que que ésta es débil. Tampoco puede apelarse a la razón no tanto porque ellos carecen de las ideas y principios generales de la razón que más tarde adquieren, sino porque en su ignorancia de muchos hechos no pueden aplicar la razón que ellos poseen, y porque la inestabilidad de sus cerebros les impide pensar con coherencia. Los deseos del niño se inclinan hacia el placer, y la educación ordinaria no teniendo en cuenta esto, separa el placer y el esfuerzo y asocia el esfuerzo con el estudio, y el placer con los juegos. Esta situación, dice, debe ser cambiada para hacer el estudio agradable y esconder el esfuerzo bajo la máscara del placer y los entretenimientos. « Yo he visto a muchos niños, escribe Fenelón, aprendiendo a leer en sus juegos. Todo lo que había que hacer era contarles cuentos divertidos sacados de un libro en presencia de ellos y conducirlos a dominar las letras sin que se diesen cuenta. Después de eso ellos se aprestan a ir a las fuentes de este placer por sí mismos. »

Como los realistas, Fenelón creía en las posibilidades que el contacto directo con los hechos y la naturaleza tiene de ayudar a la instrucción de los chicos por la curiosidad que despierta en éstos el desarrollo de cualquier fenómeno, natural o artificial.

« En el campo, por ejemplo, ellos ven un molino, y quieren saber que es esto; y se les debe enseñar cómo el alimento que nutre al hombre es preparado. Ellos notan los segadores en acción; y se les debe dar una explicación de lo que están haciendo, y cómo se siembra el trigo y como éste se multiplica en la tierra. En la ciudad ellos ven los talleres donde se llevan a cabo muchos oficios y donde se venden infinidad de artículos. Muestra-

les que sus preguntas acerca de estos asuntos les satisfacen; al hacer esto les enseñará poco a poco cómo todas estas cosas, que rinden servicio al hombre, están hechas. Gradualmente, sin estudio determinado, ellos aprenderán la forma de hacer todas las cosas que ellos necesitan y el precio de cada una de ellas. Si de esta manera se les despierta la curiosidad, sus cerebros almacenarán una buena masa de materiales y a su debido tiempo ellos los ordenarán por sí mismos y razonarán metódicamente.»

Otro de los aspectos de la educación según Fenelón es la instrucción indirecta por la tendencia del chico a imitar a los que le rodean. Para él el medio ambiente era de una importancia capital en la educación del infante, por lo que había de llevarse a tomar contacto sólo con aquellas personas que fueran modelos apreciables de imitar, y el maestro a su vez debía hacer lo posible por neutralizar los malos efectos de acciones y costumbres ya adquiridas y que desdijeran de las buenas maneras y recta moral.

Los « Diálogos de la Muerte » no es un tratado de educación, sino apuntes históricos donde hombres de todas las edades intervienen para hacer interesante el estudio de la historia universal. Las « Fábulas » son un compendio de moralejas muy liberales, muy atrevidas que critican las malas costumbres, vicios e inclinaciones humanas hacia la sed de riquezas, poder, lujuria, vanidad, etc. Siempre con ese afán de ser libre o de llevar el amor de la libertad hacia los demás nos dice en uno de sus párrafos en el diálogo de las abejas y los gusanos de seda: « Nosotros, dice un gusano, no somos sino pequeños gusanos y no tenemos ni ese gran valor para la guerra, ni esas leyes sabias, pero cada uno de nosotros muestra las maravillas de la naturaleza y se consume en un trabajo útil. Sin leyes, vivimos en paz, y en nuestra casa no se ven nunca guerras civiles, mientras que las abejas se matan entre ellas cada vez que cambian de reina... » El « Telémaco » es el tratado por el que Fenelón pensaba llevar a su real alumno, el nieto de Luis XIV, hacia la cordura, el desinterés material, al buen gobierno, al repudio de las vanidades humanas y por medio de él a la reforma de la Corte y más aún a la de las instituciones del país incluso. Telémaco, en su deambular en la búsqueda de su padre, Ulises, recorre lugares y encuentra a gentes que en todo momento tientan los apetitos del joven griego, como cuando visita a la diosa Calipso, quien tanto tiempo tuvo prisionero a Ulises, su padre.

Calipso al ver al joven griego con la ropa mojada y en desorden debido al naufragio que acababa de sufrir, ordena a sus ninfas que le traigan ropas para mudarse, y éstas serán « de una lana finísima, bordadas de oro... » Pero Mentor, al ver que su protegido se entusiasma a la vista de tanta púrpura corre a amonestarle diciéndole: « Oh, Telémaco, son ésos los pensamientos que ha de abrigar el corazón del hijo de Ulises? Piensa bien en guardar la reputación de tu padre y en vencer la fortuna que te persigue. El que gusta de ata-

viarse vanamente como una mujer, es indigno de la sabiduría y de la gloria: la gloria no se debe más que a un corazón que sabe sufrir el dolor y arrojar por tierra los placeres. »

En este libro magnífico, su autor da rienda suelta a su pensamiento de soñador y crea pueblos e instituciones que no desdicen en nada de las grandes y buenas utopías que aparecieron en la época. No pensamos seguirle muy lejos, ya que como decimos, este libro no es un tratado de educación, sino más bien un complemento a lo que ya tenía escrito sobre pedagogía, pero citemos una vez más uno de los muchos consejos que Mentor da a Telémaco: « Si llegares a heredar el reino de tus padres, dice el viejo sabio, ama a tus vasallos como a tus hijos, goza el placer de ser amado de ellos; y haz que nunca puedan sentir la paz y la alegría sin acordarse de que es un rey bueno quien les ha traído esas riquezas. Los reyes que no sueñan más que en hacerse temer y en apalar a sus súbditos para hacerlos más sumisos, son el azote del género humano. Ellos son temidos como lo quieren ser, pero son odiados, detestados, y tienen más que temer de sus súbditos que sus súbditos de ellos. »

En Inglaterra el filósofo John Locke, ha sido discutido siempre tanto o más por sus escritos sobre educación que por sus obras filosóficas. Locke nació en una aldea del condado de Somerset, Inglaterra, en 1632, y los primeros años de su vida los pasó bajo la vigilancia y cuidado de su padre adicto a la corriente puritana inglesa. Estudió en la escuela de Westminster, pasando más tarde a Oxford, donde por algún tiempo explicó griego, retórica y filosofía. La lectura de Descartes le llevó a rebelarse contra el escolasticismo de Oxford y también contra la estricta teología puritana. Al heredar las propiedades de su padre se halló en libertad para poder dedicarse al estudio de la medicina experimental, la cual llegó a practicar durante un corto tiempo, pero sin llegar a graduarse completamente. En su capacidad de médico hizo amistad con Lord Ashley de quien llegaría a ser secretario particular y quien más tarde le encargaría el cuidado de la educación de su hijo y de su nieto. En todo el farrago de una vida llena de trabajo y de intrigas políticas, Locke halló tiempo para dedicarse al estudio de la ciencia y de la filosofía, por lo que después de un número de años de incansable labor, en 1690, aparecería su famosa obra « Ensayo referente al entendimiento humano », y a continuación entre sus obras de menor extensión « Algunos pensamientos referentes a la educación », en 1693. Esta última obra parece escrita de forma fortuita ya que consta de una serie de cartas escritas a un amigo dándole consejos sobre la educación de su hijo, y por lo visto no estaban destinadas a la publicación. Las cartas están basadas, sin embargo, en la experiencia adquirida por Locke durante su tutoría con el hijo y nieto de Lord Ashley, sin dejar de lado el sello que imprime en ellas el sentido práctico de una inteligencia clara y altamente filosófica como la del autor.

Locke, al exponer sus puntos de vista sobre educación se coloca en contraposición no sólo de la escuela establecido sino de todas las escuelas. Partiendo del criterio filosófico suyo de que no existe más fuente de verdad sino la experiencia, prescinde de toda la enseñanza escolar y de las mismas escuelas, pidiendo que la educación debe ser privada y adaptada a la capacidad de cada alumno; pero el maestro no debe en forma alguna imponer sus ideas sobre éste, sino limitarse a guiarle en la consecución de sus conocimientos. Si bien Locke reconoce que existen algunas ventajas en la emulación que proporciona la enseñanza en común, éstas las destruye la naturaleza de la escuela misma. La educación para nuestro autor es una disciplina, idea que si bien reforzaba la idea prevalente, era una idea más amplia que la sostenida por los maestros de escuela. Locke decía que el objetivo del esfuerzo intelectual debería ser encaminado hacia el amor por la verdad; lo que debería guiar al hombre en la búsqueda de la verdad en todas las actividades de la vida, era la razón. Pero la mente humana sólo era capaz de alcanzar la verdad o simplemente formularla, cuando estuviera educada para este fin y para determinar esta educación había que poner más énfasis en el proceso de enseñar que en la cosa enseñada.

« El trabajo del tutor, nos dice Locke, es moldear el vehículo y formar la mente, sentar buenos hábitos en su alumno y los principios de la virtud y sentido común; es darle poco a poco una noción del género humano e introducirlo en un amor e imitación de lo que es excelente y digno de alabar; y en la prosecución de ello darle vigor, actividad y laboriosidad. Los estudios en que lo encamina no son sino, como eran, el ejercicio de sus facultades y el empleo de su tiempo; para apartarlo de la haraganería y de la ociosidad; para enseñarle aplicación y acostumbrarlo a que se moleste en trabajar y darle a probar un poco de lo que su propia laboriosidad debe perfeccionar. »

Locke divide la educación en moral, física e intelectual, y trata por todos los medios de hacer una distinción concreta y clara entre educación e instrucción, ya que había, como ha habido y habrá hasta quien sabe cuándo, quien no sabía distinguir entre una y otra.

« Es a la virtud, a la virtud directa, que es la parte sólida y valedera en educación a dónde hay que apuntar y no a una osada petulancia o a cualquier pequeña arte de engaños. Todas las demás consideraciones y realizaciones deben dar paso y ser aplazadas para esto. Este es el bien sólido y sustancial del que el Tutor no solamente debe leer, enseñar y hablar, con el que el trabajo y arte de educación debe proveer al cerebro y afirmarlo allí, y no cesar nunca hasta que el joven haya tomado sabor verdadero al mismo y ponga sus fuerzas, su gloria y su placer en él. »

Como vemos Locke va siempre encaminando la enseñanza no hacia una senda fortuita, sino al camino bien marcado del método que pueda crear

el hábito del estudio en el educando : hacia lo que él llama disciplina. « Como la fuerza del cuerpo reposa mayormente en el ser capaz de soportar las penalidades, nos dice, lo mismo hace la de la mente, y el gran principio y fundamento de toda la virtud y valor radica en esto : Que un hombre sea capaz de negarse a sí mismo sus propios deseos, descartar sus inclinaciones y simplemente siga lo que la razón marque como mejor, aunque el apetito se incline al otro lado. A mí me parece que el principio de toda virtud y bondad radica en el poder negarnos a nosotros mismos la satisfacción de nuestros propios deseos, cuando la razón no los autoriza. Este poder ha de obtenerse y mejorarlo por la costumbre hecha fácil y familiar de una práctica temprana. »

Esta educación por medio de la disciplina moral propone nuestro autor que debe llevarse a cabo haciendo remarcar la autoridad de los padres o maestros, pero siempre va en contra de la severidad injusta y arbitraria en las escuelas, como era el uso común del castigo corporal por la menor falta o negligencia de los educandos y el sistema hecho ley por la costumbre en los centros docentes en que los muchachos novicios tuvieran que hacer de criados de los mayores, tal como limpiarle la habitación, hacerles la cama, servirles el desayuno y hacerles de recaderos.

La educación física la consideraba Locke : « Una mente sana en un cuerpo sano es una descripción corta pero completa de un estado feliz en este mundo. Aquél que posee estas dos, poco más tiene que desear. « Yo no me ocupo de lo que concierne a la salud y al cuerpo, lo cual se reduce a Mucho aire libre, ejercicio y dormir, dieta simple, la observación de unas cuantas reglas fáciles : no beber vino o bebidas fuertes, muy poco o nada de purgante, vestidos simples y no muy calientes, especialmente guardar la cabeza y los pies fríos; los pies acostumbrados al agua fría y a ser expuestos a la humedad. »

La educación intelectual para Locke es la confirmación de sus ideas de que la educación es la formación de la costumbre de pensar por medio de la perseverancia y la disciplina.

« Las facultades de nuestras almas son mejoradas y hechas útiles para nosotros justamente de la misma forma que las de nuestros cuerpos. Para que un hombre escriba o pinte, baile o esgrima bien, o realice otra operación manual cualquiera con destreza y facilidad, aunque tenga mucho vigor y actividad, flexibilidad y desenvolvimiento natural, nadie esperará esto de él al menos de que esté acostumbrado a ello y haya pasado tiempo y trabajo en acostumbrar y moldear su mano o partes exteriores a estos movimientos. De esta manera justamente es la mente: para que un hombre razone bien, debe acostumbrársela con tiempo a ejercitar su mente a observar la conexión de las ideas y seguirlas en su curso. »

Para acostumbrar al individuo a un ejercicio apropiado a fin de educar la mente a pensar con claridad y orden Locke dice : « Nada hay que haga esto mejor que las matemáticas, las cuales,

creo yo, deberían ser enseñadas a todos aquéllos que tienen tiempo y oportunidad, no tanto para hacerlos matemáticos como para hacer de ellos criaturas razonables, pues aunque nos llamemos tales porque hemos nacido para ello, si queremos, no obstante, podemos decir que la naturaleza nos da solamente la semilla de ello. Hemos nacido, si queremos, criaturas racionales, pero es el uso y el ejercicio el que nos hace tales, y así, no vamos más allá de lo que la industria y la aplicación nos han llevado... He mencionado las matemáticas como un medio de sentar en la mente un hábito de razonar estrechamente y en orden, no es que yo piense que todos los hombres tengan que ser matemáticos, sino que habiendo adquirido un medio de razonar, el cual el estudio de las matemáticas trae a la mente, sean capaces de transferirlo a otras partes de conocimientos que tengan lugar. »

Con todas sus ideas, críticas y consejos sobre educación, parece no darse por satisfecho de haber acertado en dar un rumbo definitivo a esta cuando declara : « Aquél que haya encontrado una forma de cómo conservar el espíritu del niño dulce, activo y libre, y, sin embargo, al mismo

tiempo, retenerle de muchas cosas que tiene en mente, y llevarlo hacia cosas que no le son fáciles, aquél, yo digo, que sepa reconciliar estas cosas o aparentes contradicciones, en mi opinión, ha conseguido el verdadero secreto de la educación. »

Y terminemos con unas líneas de Karl Schmidt, citadas por Cubberley en su « A history of education » sobre lo que John Locke representa en el mundo de la pedagogía :

« Locke, nos dice Schmidt, es un perfecto inglés, y el principio que subraya su educación es el principio de acuerdo con el cual se ha desarrollado el pueblo inglés. De aquí, su teoría de educación tiene en la historia de la pedagogía el mismo valor que la nación inglesa en la historia del mundo. El se sostuvo en fuerte oposición contra el escolasticismo y la formalizada educación corriente de su tiempo, fue una protesta viva contra la pedantería existente; en el desarrollo universal de la pedagogía él dio impulso al movimiento que plantó a la educación sobre principios psicológicos sanos e hizo hincapié sobre la creación y formación del carácter. »

J. RUIZ



Resurrección y doctorado de Charlot

A los setenta y tres años de edad Charlie Chaplin, el incaducable rey tragico de la risa, prepara una película que será como una resurrección del « tiempo perdido ». Resurrección, más que busca, puesto que el héroe reaparecerá en colores, y víctima de los tiempos actuales, ya bajo el regusto nuclear. (No se resucita impunemente). Hermoso panorama para el hombreillo aventurero de « La quimera del oro ». El hongo y el bastón volverán a dramatizar cómicamente en el celuloide. ¿Cuál será la aventura del peregrino sin fronteras, del buscavidas del mundo, en ésta que, acaso, según él mismo ha dado a entender, sea su última andanza cinematográfica? Aunque también pensó que lo sería — y su argumento testamentario lo abona — « Candilejas ».

Esta milagrosa pervivencia del

genio mimico no debe, por otra parte, extrañarnos. Está en su manera de hacer, de actuar. Es el secreto, la fuerza de los temas inmarcesibles, para los que actuar significa actualizar, poner al día lo que por su esencia no tiene ocaso. Recordamos a este respecto dos preguntas que un periodista hizo a Pérez de Ayala :

— ¿Le interesan los escritores jóvenes?

— Mucho — respondió el novelista.

— ¿Y cuáles son sus preferidos?

— Shakespeare, Cervantes... — dijo el autor de « Belarmino y Apolonio ».

Y no había paradoja en su contestación. La juventud no es de ayer ni de hoy. Es un mañana actual, vivo de continuo, como el amor y la muerte. Es la fecunda madurez que cantó un poeta.

Charlot va a revivir su vida en

la vida de hoy. No será su ficción menos amarga que las anteriores, si acaso más prieta de solicitudes desoídas, de ruidosos vacíos, como nuestro tiempo pide, exige o impone. Será, al parecer, un Charlot de los ya presentidos en « Tiempos modernos », pero sin el agobio embrutecedor y enloquecedor de la máquina, sin el tornillo que barrena el cráneo y cementiza la sensibilidad.

« Quisiera — ha dicho Charlot — reaparecer como fui.

¿Es que ha reaparecido en ningún otro momento de otra manera? ¿Es que su artístico quehacer — salvo el atuendo — no ha respondido en toda hora a su tónica perdurable? ¿Es que ha dejado alguna vez de ser el mismo? No. Si el bastoncillo y el hongo — atributos magistrales — no impresionan ni apostillan las últimas películas, siguen brillando por su ausencia. Aquí viene justa la expresión. Las dichas

prendas ausentes « brillan » cuando no aparecen. Es decir, se las puede echar de menos, porque su infeliz usuario nunca dejó de ser el que era, el que es. Lo mismo si interpreta a un emigrante, que a un falso juerguista, que a un obrero, que a un Petiot o Barba Azul, o que a un rey destronado. Es el vagabundo órbico, con harapos, mono de dril, chaleco de Don Juan al día, o dalmática. De botas, zapatillas, zapatos yanquis o coturno. En Charlot, como en la frase saxesperiana de « El rey Lear », las cabañas puede ser palacios y las ermitas catedrales.

Al cabo de tantos años — casi cincuenta — uno siente curiosidad por ver en la pantalla de hoy al nuevo héroe de los pasados gestos. Curiosidad relativa, pues asistimos a una vieja función inserta en renovado marco, el marco explosivo, centelleante de las urbes hormigueras, agravado por interrogaciones de supina angustia.

Apuntamos antes que no ha dicho Charlie Chaplin el argumento de su próxima película, suponiendo que sea la próxima y no la interfiera otra de humor más inmediato, que se le venga encima o se le encuentre a la vuelta de una encrucijada, en un sueño solitario entre la multitud, como la mayor parte de sus creaciones. Porque Charlot es siempre el buscador sorprendido por lo que no quisiera en-

contrar, y por lo que, desgraciadamente para él, encuentra. Tal es el sino de su gloria y la grandeza de su miseria, de su infortunio, de su paso hecho de traspies a lo largo de la vida. ¿Qué culpa tiene nadie de que la humanidad resulte bronca al simple o al ingenuo? La cosa se hace inevitable. Nuestro Cervantes lo dice muy donosamente en su « Don Quijote »: « Que cada uno es como Dios le ha hecho, y aún peor muchas veces. »

Coincide el anuncio del próximo film de Charlot con otra noticia más solemne sobre éste, dada por la Prensa mundial. La noticia de su investidura como doctor « honoris causa » de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Durham. La ceremonia tendrá efecto el día 6 de julio del presente año.

¿Qué impresión nos producirá el hombrecillo cuando le sepamos nada menos que doctor, y sin trampa, con honorable título universitario de rango excepcional? Aunque no debiera sorprendernos tal espaldarazo, ya que si hay un hombre que en la práctica artística merezca ser doctor en filosofía ese hombre es el genio del séptimo arte. Ningún tratado de conocimiento humano se ha vivido con mayor pureza y apuro que lo vivió, como principal protagonista, la máscara sin doblez de Charlie Chaplin. Y no hay desmesurado elogio o par-

cialidad admirativa en esta valoración. Vivir la filosofía de relación es tanto, por lo menos, como escribirla. Es predicar con el ejemplo. Pero Charlot no es mendigo de sus cuitas ni de sus ilusiones. Es su héroe. Su héroe primo (con los significados que quieran darse a esta palabra).

¡Qué bien aguantará el humor charlotesco — chaplinesco — esta prueba doctoral! ¡Con qué sería ironía puede exhibir el birrete filosófico quien ostentó los más expuestos grados de la convivencia y la insolidaridad de los hombres! Señor entre señores togados, con aire de paraninfo, de aula magna, quien respiró vientos fuertes de la calle, sabidurías del suburbio, incomprensiones de tantos presuntos doctos. La figurilla de Charlot se aquilatará de prestigiosos letrados, se hara mayor, parecerá otra... Vanamente; sí, vanamente. No faltará — estamos seguros de ello — el soplo burlón que levante un poco los pliegues de la toga para descubrir un pantalón raído, con rodilleras y flecos... que Charlot se habrá dejado en casa por unos minutos. Los precisos para doctorarse. Pero nada más que los minutos de la ceremonia. Porque su calzón de doctor en humanidades al aire libre, al invierno sin fin de la vida «perra», son los que mejor le han sentado — le han caído — siempre.

JOSE VEGA

¿Y a eso llamáis vivir?

Reciente el fallecimiento de Emile Armand, uno de los pensadores anarquistas de mayor actividad en la propaganda, y de más originalidad en sus concepciones, el presente trabajo, traducido para CENIT, evidencia su peculiar manera de pensar.

LEVANTARSE al amanecer. A paso ligero, o por conducto de algún rápido medio de locomoción, ir al « trabajo »; es decir : encerrarse en local espacioso o reducido, aireado o sin aire. Sentado ante una máquina de escribir, teclear, teclear, transcribiendo cartas que, si menester fuera hacer a mano no se enviarían ni la mitad. O bien elaborar, accionando algún mecanismo, piezas siempre iguales. O aún hallarse cerca de un motor con misión de controlar su marcha o vigilar su funcionamiento. O, en fin, mecánicamente, automáticamente, de pie delante de un telar, repetir los mismos movimientos. Y ello durante horas y horas, sin variar, sin tomar ninguna distracción, sin cambiar de atmósfera. Todos los días.

¿ Y a eso le llamáis « Vivir » ?...

¡Producir! ¡Producir! ¡Producir siempre! Como ayer. Como anteayer. Como mañana, si es que no se llega a estar enfermo, o se muere. ¿ Producir ? Cosas que parecen inútiles, y que se realizan, pese a que sean superfluas. Objetos complicados, de los que solamente se tiene entre manos una parte ínfima. De los que se ignora el conjunto de fases que intervienen en su fabricación. ¿ Producir ? Sin saber el destino de lo que se ha producido. Sin poder negarse a producir porque no le agrada a uno lo que hace. Sin poder dar muestras de la menor iniciativa individual. Producirlo todo pronto, de un modo apresurado. Ser un instrumento en función de rendimiento, al que se estimula; al que se induce a activar, al que se atropella; al que se agota hasta que no se le pueda extraer nada más; ni un céntimo más de beneficio.

¿ Y a eso le llamáis « Vivir » ?

Partir, de buena mañana, a la caza de clientela. Perseguir, acosar al comprador formal. Saltar del metropolitano a un taxi, del taxi al autobús, del autobús a un tranvía. Hacer cincuenta visitas al día. Derrochar la saliva, elogiando una mercancía. Esforzándose en desvalorizar la de los demás. Regresar, por la noche, ya tarde, excitado, insensible, agotado, amargando con el propio malhumor a los familiares; vacío de toda vida interior, de todo impulso hacia una superación moral.

¿ Y a eso le llamáis « Vivir » ?

Marchitarse entre los cuatro muros de una celda. Sentir, bajo el influjo de una acusación, la incertidumbre de un porvenir; separado de los vuestros, de aquéllos a quienes se guarda afecto; o de aquéllos a quienes une una común responsabilidad. Sufrir, una vez condenado, la sensación de que vuestra vida os escapa, que nada ha de poder hacerse para encaminarla. Y ello por espacio de meses, de años. No poder ya luchar. No ser más que un número, un juguete, un pingajo, un objeto matriculado, espiado, explotado...

¿ Y a eso le llamáis « Vivir » ?

Vestir un uniforme. Durante uno, dos, tres años, repetir los movimientos de un matador de hombres. En plena flor de juventud, en plena explosión de virilidad, encerrarse en grandes edificios, de los que ni se sale ni se entra más que a una hora fija. Consumir pasearse, pasar el tiempo a una hora fija. Y todo con objeto de aprender a manejar instrumentos que quitarán la vida a hombres a quienes no se conoce. Para prepararse a caer un día, alcanzado por algún proyectil, llegado de leguas de distancia, lanzado también por manos de personas desconocidas. Entrenarse a morir o hacer morir. Marioneta, peón entre las manos de los privilegiados, de los poderosos, de los monopolizadores, de los acaparadores, cuando no se es privilegiado, ni poderoso, ni poseedor de nada.

¿ Y a eso le llamáis « Vivir » ?

No poder aprender, amar, aislarse, ni deambular a su gusto. Tener que permanecer encerrado cuando luce el sol, mientras las flores silvestres esparcen su perfume. No poder cambiar de clima cuando aparece un cierzo glacial y la nieve bate las ventanas. O bien cuando el calor es tórrido y quema la hierba en los campos. Siempre, en todas partes, topar con leyes, postes de fronteras, morales, convenciones, guardias, jueces, fábricas, cárceles, cuarteles, hombres en uniforme que protegen, mantienen, o defienden un orden de cosas molesto; o impidiendo el desenvolvimiento del individuo.

¿ Y a eso le llamáis « Vivir », oh, panegiristas de la « vida intensa », turiferarios del « progreso », los que empujáis la rueda del carro de la « civilización » ?

Yo llamo a eso vegetar. Yo llamo a eso morir.

EMILE ARMAND

(Traducción de Fontaura).

El pensamiento anarquista

● Continuación ●

Contemporáneo de Münster fue Francisco Rabelais, quien esboza en su «Gargantúa» una sociedad libre que ha sido continuamente citada por los anarquistas modernos. La Hermita de Theleme descrita por Rabelais es la manifestación más completa de ausencia de autoridad que escritor alguno hiciera hasta aquel momento. La leyenda del frontispicio: «Fay ce que veux» (Haz lo que quieras) sugiere ya la intención de los moradores: «Toda su vida estaba empleada, no por leyes, estatutos o reglas, sino por su querer y libre arbitrio. Se levantaban cuando bien les parecía; bebían, comían, trabajaban, dormían cuando el deseo lo reclamaba... Su regla no era otra que esta cláusula: «Haz lo que quieras», porque gente libre, bien nacida, bien instruida, conversando en compañías honestas, tienen por naturaleza un instinto y un aguijón que siempre los impulsa hacia los hechos virtuosos y los preserva del vicio.» Nos hallamos, a pesar de los muchos siglos que nos distancian de los estoicos, de nuevo frente a la coacción moral que el anarquismo quiere implantar en detrimento de los códigos civiles.

En 1623, Tomaso Campanella publica, en latín, su «Civitas Solis» (La Ciudad del Sol), en la que concibe un comunismo teocrático cuya inspiración, según Benedetto Croce en su «Intorno al Comunismo di Tomaso Campanella», es «la religión natural, o, lo que es idéntico, el cristianismo despojado de todos sus abusos.»

La ciudad está bajo el mando de Hoh, el sacerdote supremo y sus tres adjuntos: Pon (Poder), Sin (Sabiduría) y Mor (Amor), a cada uno de los cuales incumbe todo lo relacionado a la buena marcha de la ciudad. La vida en común la describe el Almirante en su diálogo con el Gran Maestre: «Son comunes las casas, los dormitorios, los lechos y todas las demás cosas necesarias... Las artes mecánicas y especulativas son comunes a hombres y mujeres. Hay sin embargo, la diferencia de que los ejercicios más pesados y que exigen caminar (como arar, sembrar, recoger los frutos, trabajar en la era y en la vendimia, etc), son ejecutados por los varones...». «Ellas — las mujeres — hacen también la comida y preparan la mesa, pero el servir la comida es obligación peculiar de los niños y de las niñas hasta que cumplen la edad de veinte años...» «...cada cual tiene lo necesario y además todo aquello que contribuye a hacer grata la vida.»

«Entre los habitantes de la Ciudad del Sol no

hay la fea costumbre de tener siervos, pues se bastan y sobran a sí mismos. Por desgracia no ocurre lo mismo entre nosotros.» «En cambio, como en la Ciudad del Sol las funciones y servicios se distribuyen a todos por igual, ninguno tiene que trabajar más que cuatro horas al día, pudiendo dedicar el resto del tiempo al estudio grato, a la discusión, a la lectura, a la narración, a la escritura, al paseo y a alegres ejercicios mentales y físicos. Allí no se permiten los juegos que, como los dados y otros semejantes, han de realizarse estando sentados. Juegan a la pelota, a los bolos, a la rueda, a la carrera, al arco, al lanzamiento de flechas, al arcabuz, etc. Opinan que la pobreza extrema convierte a los hombres en viles, astutos, engañosos, ladrones, intrigantes, vagabundos, embusteros, testigos falsos, etc., y que la riqueza los hace insolentes, soberbios, ignorantes, traidores, petulantes, falsificadores, jactanciosos, egoístas, provocadores, etc. Por el contrario, la comunidad hace a todos los hombres ricos y pobres a un tiempo: ricos, porque todo lo tienen; pobres, porque nada poseen y al mismo tiempo no sirven a las cosas, sino que las cosas les obedecen a ellos. Y en esto alaban profundamente a los religiosos cristianos, especialmente la vida de los apóstoles» (7).

Cuatro años más tarde, en 1627, Francis Bacon hacía su aportación a la literatura de las utopías y publicaba «New Atlantis» (Nueva Atlántida), que describe la ciudad de Bensalén abarrotada de sabios dedicados a la búsqueda científica y basando su vida en un ideal de convivencia ético-político.

Otro sajón volcado a la visión futurista lo fue James Harrington, que en 1656 escribe su «Oceana», obra que ha ejercido cierta influencia en el pensamiento social del Nuevo Mundo. Encierra un tratado, uno de los primeros, en el que pone de relieve que la libertad política está condicionada a la económica. La sociedad por Harrington concebida se basa en treinta mandamientos que regulan la vida de los ciudadanos. Descolla, entre otras, las tesis de que la propiedad, en particular modo la de la tierra, es la base del poder político. Temeroso de la influencia nefasta que ejerce el poder entre los hombres, considera que el mismo debe ser controlado el menor tiempo posible por los mismos hombres.

(7). — Tomaso Campanella. — «La Ciudad del Sol» (Utopías del Renacimiento), pág. 107 y siguientes. — FCE, 1956.

En el mismo siglo y faltando ya muy poco para alcanzar el de la revolución francesa, en 1699 exactamente, aparece el célebre «Telémaco» de Fenelón, en el que se describen regímenes de sociedades antiguas y primitivas muy diferentes a los conocidos en Europa.

Es cuando la humanidad irrumpe en el siglo XVIII, que tan profundamente conmovió los cimientos políticos sociales de la sociedad.

El valor renovador y revolucionario de las utopías queda patente cuando nos fijamos en la suerte que la mayoría de los creadores sufrieron.

Tomás Moro muere decapitado el 6 de julio de 1553. Campanella permanece 27 años encerrado. Bacon también se ve encarcelado en la Torre de Londres. Harrington se vio prohibida la publicación de su «Oceana» por Cromwell y, más tarde, Carlos II lo encerraba en la Torre de Londres también. El «Telémaco» hace que Fenelón caiga en desgracia frente a Luis XIV. Las utopías traían semillas de rebelión escondidas tras los fondos risueños e inocentes, al parecer, de sus descripciones de sociedades mejores y más justas.

El siglo XVII no lo podemos dejar sin citar también a Denis Veiras, el autor de «L'Histoire des Sevarambes» (1677) partidario del comunismo y «verdadero padre de la fórmula social de los tres ochos», según Maurice Dommanget (8), quien establece que todos los ciudadanos Sevarambes deben contribuir al bienestar general por la obligación de un trabajo útil y moderado: «Así la vida se pasa con mucha dulzura —dirá Veiras—, los cuerpos son ejercitados por un trabajo mediano, y no se desgastan por una inmoderada fatiga. Los espíritus están agradablemente ocupados por un ejército razonable sin hallarse abrumados por los cuidados, los disgustos y las inquietudes. Las diversiones y los placeres que suceden al trabajo recrean y reaniman el cuerpo y el espíritu, y en seguida, el reposo los refresca y alivia. Estando así los hombres ocupados en el bien, no tienen tiempo de pensar en el mal y no caen casi en los vicios a que los llevaría la ociosidad, si no la rechazaran por medio de las ocupaciones honestas».

En el siglo XVIII y en el período que va desde el año 1700 hasta la Revolución Francesa, la literatura de las utopías se enriquece con nuevas aportaciones a cargo de Bernardin de Saint Pierre con sus bucólicas «Paul et Virginie» y «Chaumière Indienne», de Daniel Defoe con su popular «Robinson Crusoe»; de Denis Diderot con su «Supplement au Voyage de Bougainville» en el que narra un viaje imaginario a la isla de Tahití, donde todos viven en comunidad y no existe lo mío ni lo tuyo hasta que llega Bougainville y deposita la manzana de la discordia de la civilización.

Naturalmente, el espíritu más decollante de la época y el que más influenció a los escritores del período pre revolucionario fue, sin lugar a dudas, Juan Jacobo Rousseau y entre sus numerosas obras la que más cuña introdujo en el ánimo de los utopistas fue su «Discurso sobre el origen de la desigualdad» y, en menor grado, «El Contrato Social» y «Emilio». Su polifacetismo ofrece pasto para todas las tendencias, pero escapa de cualquier etiqueta que pudiéramos tratar de colgarle. Un motivo permanente de Rousseau, el antagonismo entre civilización y naturaleza, es interpretado muy diferentemente según el temperamento que lo estudia. Hay un paralelo entre él y los chinos Confucio y Mencio en lo que hace referencia al origen bondadoso del hombre que la sociedad corrompe. Desde el momento en que se franquea el umbral de esta última, el contrato social se impone coincidiendo así, a pesar de partir de dos puntos bien opuestos, con Hobbes.

A los utopistas, si nos ceñimos al tema, les atraen estas cosas a la naturaleza y la insistencia de Juan Jacobo en dar el máximo de espontaneidad a la educación de la infancia.

En el mismo año que aparecía el «Discours sur l'origine de l'inegalité parmi les hommes» (1755), Morelly publicaba su «Le Code de la Nature» (Código de la Naturaleza) que por mucho tiempo fue atribuido a Diderot. El libro lleva un subtítulo: «El verdadero Espíritu de las leyes» y su preámbulo ya advierte que «para comprenderme debes renunciar a todos los prejuicios por queridos que sean; deja por un instante que caiga este velo y te darás cuenta con horror de la fuente y el origen de todos los males, de todos los delitos, justo allí donde se pretende alcanzar la sabiduría. Verás, entonces, las enseñanzas más bellas y más simples de la Naturaleza contradichas por la moral y la política vulgar».

Morelly se manifiesta enemigo de la propiedad, fuente de todos los vicios y todas las maldades. Los hombres son grandes en proporción del esfuerzo que hacen para ser mejores. La pereza y la inactividad son los verdaderos males y crímenes del hombre.

La sociedad, por estar basada en la propiedad privada, no puede desembocar a otro punto que al actual de injusticia y desigualdad social. Más concentrada se halle la propiedad en manos de los menos, más sufrimientos aquejarán a la sociedad. Aquellas sociedades que más felicidad reunían fueron aquellas donde no existía la propiedad o en muy poca escala o, aún, en donde no estaba fuertemente establecida.

Establece, inclusive, un reglamento con riguroso orden numérico como hemos visto en algunos de los utopistas del siglo anterior:

«Art. I. — En la sociedad nada pertenecerá singularmente o en propiedad a nadie, a excepción de aquello que sea de uso efectivo para las necesidades y los placeres personales y, también, para el trabajo cotidiano.

II. — Todo ciudadano será persona pública, alimentada, mantenida y ocupada mediante dispensa pública.

III. — Todo ciudadano contribuirá, por parte suya, a la pública utilidad y según sus propias fuerzas, su talento y su edad. Es sobre estas bases

(8). — Maurice Dommanget. — «Historia del Primero de Mayo», pág. 14. — Amicalee, Buenos Aires, 1956.

que se regularán sus deberes en conformidad con las leyes distribuidoras.»

Estima necesario constituir la autoridad a base de pequeñas instituciones a fin de evitar las tiranías y facilitar, al mismo tiempo, el ejercicio administrativo a todos los ciudadanos.

Cree necesario aplicar una rudeza máxima a los criminales: «Todo ciudadano que sea desnaturalizado al extremo de matar o de herir mortalmente a alguien; que pruebe, tramando o de otra manera, de abolir las leyes sagradas para introducir el detestable principio de la propiedad, una vez sea reconocido culpable y juzgado por el Senado supremo será encerrado por toda la vida como loco furioso y enemigo de la humanidad...»

De su «Código de la Naturaleza» despuntan varios principios revolucionarios que Ugo Fedeli sintetiza así:

Primeramente afirma que la base principal de toda sociedad es el trabajo, que todos deben trabajar, cada uno según sus propias capacidades y aptitudes.

Cada uno trabajará cuánto y cómo pueda y todos comerán de acuerdo a sus necesidades.

Para facilitar el intercambio la república estará abastecida de grandes almacenes que desempeñarán la función del reparto de los productos, y donde cada productor podrá ir a retirar todo lo que pueda servirle, a él y a su familia.

Es precisamente en esta concesión de la producción y la repartición donde nosotros encontramos los primeros elementos que hacen de Morelly un precursor del socialismo» (9).

Dos obras utópicas más, de la época, lo fueron «Los Diálogos de Foción», de Gabriel Mably, y «El año 2440», de Mercier.

Llegó 1789. El dique contenedor de las iras populares no pudo aguantar más tiempo. Los enciclopedistas habían minado las bases de la monarquía absoluta y los humildes decidieron escribir una de las mejores páginas de la historia de las revoluciones.

La utopía trataba de hacerse realidad en el acto quemando etapas. Se trató de poner fin a la desigualdad entre los hombres tomando las prédicas de Rousseau como mira; se quiso terminar con las religiones como establecía Voltaire. Violentamente habíase desparrramado fuera de madre el pueblo francés al romper el dique que lo contuviera durante siglos. El 9 de Termidor lo forzó de nuevo a volver a su cauce y siguieron los veinte años napoleónicos que la historia aprovechó para desparrramar por toda Europa la trilogía de la Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Las utopías que siguieron trataban de apoyarse en andamiajes menos empíricos en los que el deseo de una sociedad mejor pisara terrenos más firmes que los lejanos países de Utopía, Oceana, Civitas Solis, New Atlantis y Theleme (10).

(9). — Ugo Fedeli. — «Un viaggio alle Isole Utopia», pág. 58. — Quaderni del Centro Culturale Olivetti — Ivrea. — 1958.

(10). — Chappuis había presenciado, por ejemplo, en la Asamblea Constituyente, un proyecto de comunidades

Había deseos fervientes de no dejar para las generaciones futuras los proyectos de las nuevas sociedades y se trabajaba teniendo en cuenta el material humano existente, con sus defectos y sus taras, descartando los seráficos personajes que Tomás Moro, Campanella, Bacon, Rabelais y Harrington utilizaban para sus concepciones.

Rousseau, Morelly, Mably, Diderot lo habían dicho: el hombre no es malo sino la sociedad. Bastaba, pues, modificar la sociedad, hacerla justa y buena, para que el hombre fuera, a su vez, justo y bueno también. En realidad las utopías pasaban a ser verdaderos programas sociales empezando por el de Juan Bautista Say, que publica en 1800 «*Olbie, ou essai sur les moyens de réformer les mœurs d'une nation*» (Olbie, o ensayo sobre los medios de reformar las costumbres de una nación). Sigue en cronología e importancia Saint Simón, quien en 1814, junto con su discípulo A. Thierry, publica «*De la Réorganisation de la Société Européenne*» (Reorganización de la Sociedad Europea) y en 1825 «*Le Nouveau Christianisme*» (Nuevo Cristianismo) cuyo desarrollo provoca la ruptura definitiva entre Saint Simón y Augusto Comte. Su enunciado es: «Toda la sociedad debe esforzarse hacia el mejoramiento de la existencia moral y física de la clase más pobre; la sociedad debe organizarse en la mejor manera posible para alcanzar este objetivo.»

Contemporáneo de Saint Simón aparece Francisco Carlos Maria Fourier. Contemporáneo y adversario al mismo tiempo, llegando inclusive a enfilarle sus iras en una obra que titula: «*Pieges et charlatanisme des sectes, Saint Simón et Owen*» (Trampas y charlatanismo de las sectas, Saint Simón y Owen). Sus proyectos falansteristas son para realización inmediata y, como la mayoría de los programadores, establece todo cuanto puede afectar al Falansterio desde el primer momento. En su «*Traité de l'Unité Universelle*» (1821) nos narra su unidad social: el Falansterio:

«Es necesario, para una asociación de 1.500 a 1.600 personas, un terreno conteniendo una buena legua cuadrada, es decir, una superficie de seis millones de toesas cuadradas.

«Que el lugar esté provisto de una buena corriente de agua, cortado de colinas y propio al cultivo variado; que esté junto a un bosque y poco alejado de una gran ciudad, pero lo bastante para evitar a los inoportunos!

La falange de ensayo, estando sola y sin el apoyo de las falanges vecinales, tendrá, como consecuencia de este aislamiento, tantas lagunas de atracción, tantas calmas pasionales a temer entre sus integrantes que será necesario proporcionarle el auxilio de un buen local apropiado a las varie-

colectivas muy parecido a lo que Fourier presentaría más tarde como «falansterio».

Mejor suerte, relativamente hablando, tuvieron Babeuf y sus compañeros con el «Manifiesto de los Iguales» y su proyecto de comunismo sobre el que tendremos que insistir cuando citemos a Sylvain Marechal, autor intelectual del manifiesto.

dades de sus funciones. Un lugar llano sería un inconveniente. Habría que buscar, pues, una región accidentada... o por lo menos un hermoso valle...»

Tanto empeño tiene en realizar su doctrina que invita a los cuatro vientos a los capitalistas y gentes adineradas para que participen al proyecto. En el restaurante donde comía, durante días y días, hacía instalar frente a él un cubierto preparado para recibir al capitalista que aceptara su invitación y fuera a la cita para tratar la puesta en práctica del programa.

Su fórmula de asociación no discriminaba. Los que aportaban el capital tendrían su retribución estipulada previamente. La falange fourierista era una sociedad por acciones en la que participaban tres factores: El capital con las 4/12 partes, el trabajo con las 5/12 partes y la inteligencia con 3/12 partes.

«Nadie ha analizado mejor que Fourier, el parasitismo moderno, parasitismo que comprende categorías múltiples. Inclusive entre los hombres que se extenuan trabajando, ¡cuántos hay de inútiles! Las experiencias que Fourier ha hecho durante toda su vida le dan argumentos para denunciar las taras comerciales y los desperdicios de las mercancías necesarias» (11).

El fourierismo lo abarca todo. La policía era innecesaria, igualmente lo eran los cotos y las vallas. La educación alcanza metas muy atrevidas: «Fourier daba tanta importancia como Owen a educar a los niños en buenos hábitos y actitudes sociales; pero confiaba, sobre todo, no en conseguir que creyesen en lo que para el interés general convenía que creyesen, sino en guiarles para hacer, espontáneamente y gozando en su acción, lo que demandaban tanto sus propios deseos como el bien de la sociedad. Este fue el aspecto de la doctrina de Fourier que más atrajo a libertarios como Kropotkin y William Morris» (12).

El trabajo debía ejecutarse en la forma más agradable posible. Le desagradaba la producción en gran escala, la centralización, el automatismo. Daba gran valor a la vida que iba más allá de las horas de trabajo y pensaba, tanto como en la producción, en que las comunidades vivieran felices, los grandes en sus propios apartamentos que integraban el falansterio, los niños en su «crèches» (casas cunas). Difería de los que quieren cambiar el medio para cambiar al hombre porque alegaba que la naturaleza humana era inmutable. Su punto de partida era precisar que lo imprescindible es ofrecerle al hombre el medio social apropiado a esta naturaleza inmutable y no violentarlo como hace la sociedad a lo largo de la historia. Fourier

clamaba el haber descubierto la «ley de atracción» entre los hombres.

El programa de Fourier lo encontramos en sus múltiples obras entre las que destacan: «Théorie des quatre mouvements» (1808); «Traité de l'unité universelle» (1821); «Sommaire du Traité de l'unité» (1823); «Le nouveau monde industriel ou sociétaire» (1829); «Pièges et Charlatanisme des sectes Saint Simon et Owen» (1831), y «La fausse industrie» (1835).

Sus ideas se extendieron por varios países europeos y del cotejo entre ellas por un lado y el saint-simonismo y el owenismo por el otro, surgieron grandes polémicas en las que los fourieristas llamaban a los partidarios de Saint Simon y Owen plagarios. En Inglaterra Hugh Doherty, con el título de «The passions of the human soul» (Las pasiones del alma humana) (1851), vertió al inglés lo más descollante de las ideas de Fourier.

Empero, fue necesaria de nuevo la presencia de una América pletórica y deseosa de novedades para que la utopía se convirtiera en realidad una vez más. Alberto Brisbane y Horacio Greeley, habiendo ya muerto Fourier, trabajaron fervoramente para la creación de colonias todas ellas de efímera vida, por cierto. Entre las más importantes estaba la «Brook Farm Community» fundada por un grupo de intelectuales de Nueva Inglaterra en 1832.

En Francia, Godin también crea en Guisa su famoso «familisterio» que lleva el sello inconfundible de Fourier pero toca a Victor Próspero Considérant el dar continuidad filosófica a la doctrina de Fourier lográndolo magníficamente en sus obras: «Manifeste de l'Ecole sociétaire» (1841); «Le socialisme devant le Vieux Monde» (1848) y en muy particular modo «La destinée sociale» (1834).

«En ninguna otra parte está tan bien elaborada la «Comuna societaria» como en los escritos de Considérant — dirá Max Nettlau —. En una palabra, del fourierismo partieron mil caminos hacia un socialismo libertario y hombres como Elías Reclus, se sintieron atraídos toda su vida por esas dos ideas: asociación y Comuna; es decir, su sentimiento les dijo que esas dos concepciones, ampliamente comprendidas, no constituyen más que una sola: el esfuerzo por organizar una vida armoniosa fuera de esa inutilidad nefasta: el Estado» (13).

La influencia de Fourier en estos atisbos socialistas modernos era compartida por Robert Owen en Inglaterra. Ambos, junto con Saint Simon, cargan con el calificativo de «socialistas utópicos» (14).

Sin embargo, qué lejos está Owen de aquellos utopistas que se conformaban a dar rienda suelta a su imaginación y hacían correr la pluma sobre el papel para legarnos sus sueños y sus anhelos. Su mística era para proyectarse en el mismo momento y toda su vida fue un batallar constante para convertir en hechos todo cuanto creaba su imaginación febril.

A los 29 años (1800) consigue la dirección y participación en el capital de la fábrica de algodón de

(11). — Paul Louis. — «Cent cinquante ans de pensée socialiste», pág. 63. — M. Rivière, Paris.

(12). — G. D. H. Cole. — «Historia del pensamiento socialista», vol. I, pág. 79. FCE 1957.

(13). — Max Nettlau. — «La anarquía a través de los tiempos», pág. 36. — Guilda de Amigos del Libro. — Barcelona 1935.

(14). — G. D. H. Cole. Op. Cit. Pág. 44.

New Lanark, que será su trampolín para lanzarse a la propagación de sus ideas de comunidad y de cooperativismo. Su vida fue jalonada de éxitos y fracasos pero no llegaba a desanimarse nunca. La experiencia de New Lanark con la reducción drástica del horario de trabajo; la abolición de lo que era una epidemia social, la embriaguez; el establecimiento de las primeras cooperativas que eliminaban al intermediario y abarataban considerablemente el producto; el origen de la primera escuela para niños que James Buchanan crea gracias al soporte de Owen, el mejoramiento de la vivienda de los obreros, todo ello son victorias sociales que van a convertirlo en un hombre admirado de trabajadores y políticos. New Lanark se convierte en un lugar de visita imprescindible para todos los que deseen estudiar el mejoramiento social de las masas. Owen quiere ir más lejos, en su «Report to the County of Lanark» (1820) ya precisa que no son las reformas sino las transformaciones lo necesario para la humanidad. En este informe desarrolla la teoría del valor-trabajo que tan oportunamente sabrá explotar Carlos Marx. Ya en 1813 había publicado su «A new view of society, or essays on the principle of the formation of the human character» (Nuevos aspectos de la sociedad o ensayos acerca de la formación del carácter) donde puede verse la discrepancia que cuando hemos hablado de Fourier se ha señalado entre los precursores del socialismo moderno. Owen quiere cambiar el medio para cambiar al hombre en contra de Fourier, que quiere proporcionar un medio ambiente que se ajuste a la verdadera naturaleza humana deformada por los ambientes actuales.

Los fracasos de Owen fueron varios. En 1825 invierte casi toda su fortuna en la adquisición y organización de la comunidad de «New harmony». Son cerca de 800 hectáreas compradas a la comunidad religiosa de los Rappites en Indiana (Estados Unidos). Tres años más tarde Owen pierde cuatro quintas partes de su inversión o sea alrededor de 40.000 libras esterlinas.

No desespera y funda la de Queenwood en 1839, en los Estados Unidos también. Siete años más tarde se disuelve a su vez motivado por el choque interno de los inversionistas y los obreros que participaron en su creación.

En Escocia, cerca de Glasgow, y en Irlanda, en Ralahine, se crearon dos comunidades owenistas también (1825-1828 y 1831-1833 respectivamente) en las que Owen no tuvo participación.

El auge de la industrialización puso, por reacción, en auge el movimiento sindicalista y se creó la «Grand National Consolidated Trade Unions» en 1833, que el gobierno reprimió muy duramente al extremo que seis obreros de Dorchester fueron condenados en 1834 a reclusión en colonias penales por el delito de tratar de organizar una socie-

dad de trabajadores agrícolas. Estas convulsiones pospusieron a segundo plano el owenismo y el propio Owen se sintió arrastrado por la mística del movimiento obrero por varios años, en la que se volcó resueltamente colaborando a la creación de uniones y sindicatos y participando, en el seno de la «Sociedad para la Regeneración Nacional», junto con Doherty y John Fielden a la campaña para la consecución de la jornada de las ocho horas.

Para la fase que nos ocupa diremos que las premisas de Robert Owen pueden sintetizarse así: La educación prepara la transformación social; la industria debe supeditarse a la agricultura y las comunidades deben tener una población que oscile entre 500 y 3.000 personas; el trabajo es la fuente de la riqueza y los precios deben ser el resultado de la materia prima, su costo, y el tiempo empleado para transformarlo; los «bonos de trabajo» pueden substituir, para los efectos de transacción, el dinero; el comercio puede ser llevado a través del cooperativismo y la producción igual.

«Sin embargo, las ideas fundamentales de Owen eran pocas — dice G.D.H. Cole, quien pone de relieve además, la influencia que William Godwin ejerció en Owen —; la impresión de variedad que daba nacía de su celo infinito en aplicarlas. Su «socialismo» fue, sobre todo, resultado de dos cosas: de una opinión acerca del proceso de formación del carácter, que concibió o adoptó muy pronto a su vida, y de su experiencia como fabricante, primero en Manchester y luego en New Lanark. La opinión es esencialmente la misma que William Godwin había expuesto el «Politician Justice»; parece probable que Owen no llegase a ella por sí mismo, ni leyendo a Godwin (no era gran lector), sino tomándola de alguien. En la década de 1790, en los círculos de gente avanzada, el godwinismo era muy conocido y Owen, como miembro activo de la sociedad literaria y filosófica de Manchester y como íntimo del círculo que se reunió alrededor de John Dalton, el químico, en el Unitarian College, tuvo que oír muchas discusiones acerca de las teorías de Godwin...» (15).

Owen influenció a todo el socialismo de la segunda mitad del siglo XIX, tanto el autoritario con Marx y Engel al frente, como el libertario. John Francis Bray, que llegara a resumir mejor que nadie las teorías de Owen, formula una serie de conceptos owenistas que en manos de Carlos Marx fueron materiales fundamentales para sus teorías sociales, tales como la que hace referencia a la plusvalía, la de que la estructura política era consecuencia de la economía y Marx hasta se vale de Bray para argumentar contra Proudhon cuando escribe su «Miseria de la Filosofía».

(15). — G. D. H. Cole. Op. Cit. Pág. 94.

● Continuará ●

POETAS DE AYER Y DE HOY

La infanzona de Medinica

Doña Estefaldina teje su calceta,
Puesta de mitones, cofia y pañoleta,
En el saledizo de su gran balcón.
Doña Estefaldina nunca fué casada,
Así que en la falda, de cintas picada,
Tres gatos malteses hacen el ron-ron.

Doña Estefaldina odia a los masones,
Reza porque mengüen las contribuciones,
Reprende a las mozas si tienen galán.
Oprime en las rentas a sus aparceros,
Los vastos salones convierte en graneros,
Da buenas palabras al que llora pan.

Doña Estefaldina los puntos recuenta,
Y al pie de su silla cose una sirvienta
Que prende en el moño cintado cairel.
El busto en el ruedo del halda amarilla
Parece un chamizo que enciende Castilla:
Bayeta amarilla es grito de hiel.

Bajo el roto alero de hierbas nacido,
Con el garabato de un vuelo atrevido
Fulmina el vencejo su torvo zig-zás.
¡Caserón de Vargas, viejos artesones,
Pinturas de santos, desnudos salones,
Caserón de Vargas, en el polvo das!

Desfila un ringlero de seminaristas,
Bayetas peladas como los sopistas,
Tricornios jaranos, negrura montés.
Cencerrea la recua de mulos hastiales,
Negros y zancudos, sin goces nupciales,
Y el mulero canta canto aragonés.

Doña Estefaldina recuenta los puntos,
Del tiempo y las siembras haciendo barruntos,
Y cuando la plaza cruza el capellán,
Dobla la calceta, pide el rebocillo,
Se prende alfileres, y con un banquillo
Corre a la novena con trote de can.

Doña Estefaldina, sangre de los Vargas,
Teje su calceta en las tardes largas
Bajo el torvo alero que pica el gorrión.
¡Con qué ceremonia en los ademanes
Responde al saludo de los capellanes
Doña Estefaldina desde su balcón!

RAMON DEL VALLE INCLAN

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

MAS DE 80 AUTORES

«Adela y Matilde», D. R. S.	2 00	«Bolchevismo y anarquismo», Rocker	1 40
«Agente presidencial», Sinclair	8 40	«Botánica experimental», Bruno	2 75
«Ahora somos hermanos», Lania	5 60	«Breve historia de Francia», Gerard	3 80
«Aita-Tettahuen», Galdós	1 50	«Breve historia de la Anarquía», Nettlau	1 80
«Aladino y la lámpara maravillosa»	1 80	«Breve historia del Mundo», Wells	2 50
«Albores de libertad», Relgis	1 70	«Buenas rutas» (La salud mediante la botánica)	5 00
«Alejandro Korn», Romero	1 00	«Buridan», Zevaco	2 30
«Algunas consideraciones sobre literatura», Unamuno	2 20	«Búsqueda en la noche», Esteve	3 00
«Ali Babá y los cuarenta ladrones»	1 80	«Cadena perpetua», Runyon	3 50
«Alicia en el país de las maravillas»	1 10	«Cádiz», Galdós	1 50
«Al séptimo día», Barclay	1 50	«Calvario», Castenuovo	2 50
«Altar mayor», Espina	2 10	«Camaradas errantes», Steinbeck	4 60
«Amadeo», Galdós	1 50	«Cañaval junto al mar», J. Carmona	2 50
«Amalia», Marnol	2 30	«Canción de gesta», Montseny	0 15
«Ama usted Brambs?», Sagán	3 50	«Cánovas», Galdós	1 50
«Amor e ironía», Yutang	7 00	«Capitalismo, Democracia y socialismo», Souchy	1 00
«Amor, pasión y aventura», Flynn	1 10	«Carmén», Merimée	1 50
«Amor sin mañana», Montseny	0 25	«Carne y espíritu», De Meeresch	5 00
«Ana Karenina», Tolstói	2 30	«Carta a un joven poeta», Rilke	3 50
«Anatomía de la paz», Reves	3 50	«Carta municipal acordada», Alaiz	0 50
«Anselmo Lorenzo», Montseny	0 50	«Cartas amorosas», Florangel	3 00
«Ante la bandera», Verne	1 00	«Cartas a su hijo», Chesterfield	6 00
«Antología de pensamientos», G. Prada	0 70	«Cartas de amor, arte y desconsuelo», Beethoven	1 50
«Antología de prosistas españoles», Menéndez	3 80	«Cartas de la prisión», Toller	3 90
«Antología libertaria»	1 50	«Cartas de un corazón angustiado», A. Carlos	1 00
«Antología poética», Storni	6 00	«Cartas sobre el existencialismo», J. Salas	6 50
«Antología poética», Unamuno	2 10	«Cartas sobre religión», Figola	1 00
«Años de juventud», Valdés	2 50	«Carteles», González Pacheco	13 50
«Arte accesible», Alaiz	0 25	«Cartas de muñecas», Ibsen	1 50
«Arte de escribir sin arte», Alaiz	0 25	«Casanova», Zveig	1 50
«Arte, poesía y anarquismo», Read	1 50	«Catecismo del agricultor y del ganadero»,	0 50
«A secreto agravio secreta venganza», Calderón	2 20	«Ciencia y conciencia», Dantec	6 00
«Aspectos de América», Vallina	2 00	«Ciencia y filosofía», Tannery	2 50
«Astilla», Barroso	1 00	«Ciencia y filosofía», Antología	6 00
«A través del espejo», Carroll	2 00	«Cien días de la vida de una mujer», Montseny	1 40
«Autobiografía», Attlee	4 50	«Cirano de Bergerac», Rostand	1 50
«Aventuras del Barón de Munchausen», Burger	8 00	«Cita con Venus», Tickell	3 50
«Aventuras de Tom», M. Twain	3 50	«Civilización del trabajo y de la libertad», Charaviglio	6 50
«Aversión y atracción en el matrimonio», De Vele	8 50	«Cómo educar a nuestros hijos», Fr. N.	0 50
«Babbie», Sinclair	8 00	«Cómo he curado la tuberculosis», Hevia	1 50
«Bailén», Galdós	1 50	«Cómo se educa un carácter», Dr. T.	0 50
«Bajo la media luna», Hamsun	1 20	«Cómo se forma una inteligencia», Dr. T.	0 50
«Barba Azul»	1 50	«Comunidad de los grandes espíritus», Nicolás	2 80
«Bases», J. Alberdi	1 50	«Conciencia y conocimiento (Ant.)	6 00
«Ben-Hur», Wallace	2 30	«Confesión de Claudio», Zola	2 75
«Benjamin Franklin», Cowther	3 50	«Conflictos entre la Religión y la Ciencia», Draper	1 30
«Bestias, hombres y dioses», Ossendowski	2 50	«Confesión de sentimientos», Zweig	1 50
«Biografía de Bakunin», Guillaume	0 10	«Congreso de constitución de la C. N. T.»	0 80
«Blanca Nieves»	1 80	«Conocimiento y error», March	3 50
«Bodas Reales», Galdós	1 50	«Continencia y placer», Krüger	2 50

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2ème - Toulouse (H.-G.)